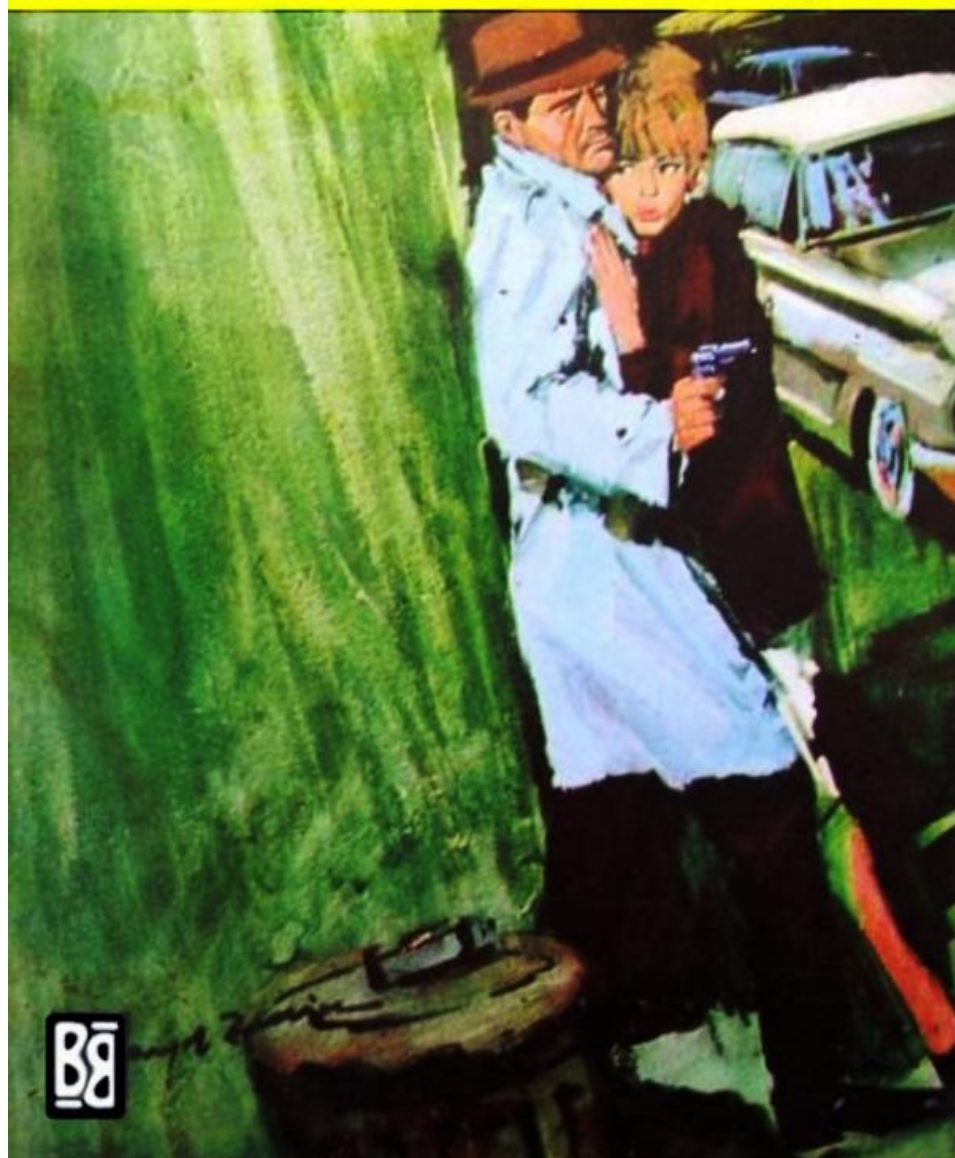


PUNTO
ROJO

¿quiere usted morir conmigo?

keith luger



¿QUIERE USTED MORIR CONMIGO?

KEITH LUGER

**¿QUIERE USTED
MORIR
CONMIGO?**

Colección

PUNTO ROJO n.º 141

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BUENOS AIRES

BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 30.505 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: ENERO, 1965

© KEITH LUGER - 1965

SOBRE EL TEXTO LITERARIO

©

SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Ken Morgan estaba satisfecho aquella mañana en Los Angeles. Había comprado diez mil kilos de naranjas que llevaría a Salt Lake City. Ganaría unos cuantos dólares y con eso pagaría el último plazo del camión.

—Eh, Clive, ¿cuándo tendrás la mercancía cargada?

—Más o menos en dos horas.

—Me quiero ir dentro de una.

—Lo siento, Ken, pero aquí sólo tenemos siete mil kilos. Ya he mandado pedir los otros tres. Tendrán que ser dos horas.

—Que sea hora y media —sonrió Morgan, y le dio una palmada a Clive—. Estaré en la pensión Nacional. Voy a darme una ducha y a echar un sueño.

—Si cargo el camión antes, te avisaré.

Ken hizo un saludo y se dirigió hacia la pensión.

Conocía a algunos conductores, con los que cambió saludos.

La señora Blanca, la dueña de la pensión, discutía, como casi siempre, con uno de sus huéspedes.

—No quiero mujeres en las habitaciones, Smity, y tú lo sabes.

—Era mi prima Flore, señora Blanca. Hacía más de cinco años que no la veía.

—¿Quién te crees que soy, Smity? ¿Una colegiala recién salida del colegio...? Si esa Flora es tu prima, yo soy tu tía.

—Si yo tuviese una tía como usted, me tiraría de cabeza al mar.

—No me la juegues, Smity. Todos los que venís aquí a dormir lo sabéis. Nada de mujeres... Ésta es una casa decente, ¿lo oyes? Heredé el negocio de mi marido, que en gloria esté, y en vida de él nadie pudo decir que nosotros protegíésemos el vicio.

Ken no quiso oír más. Cuando la señora Blanca se ponía a

discutir, era para largo. Tomó la llave del tablero y subió por la escalera.

Tomó una toalla y se dirigió al cuarto de baño general del final del pasillo.

Se puso a cantar una canción.

Dos hombres penetraron en el recinto.

—Hola, Ken —dijo uno de ellos.

Conocía al tipo, Bert Everett. Alto, de cara que parecía hecha con trozos de barro. Era un esbirro de la Asociación de Transportistas, una entidad particular que capitaneaba un indeseable que respondía al nombre de Toni Romano.

Después de mirar aquella cara llena de bubones, Ken observó al otro tipo. Era la primera vez que lo veía. Tenía las trazas de ser un boxeador retirado. La cara llena de cicatrices, le faltaba un trozo de ceja, y por la mirada de sus ojos dedujo que no debía ser un tipo demasiado inteligente.

—¿Qué pasa, Bert?

—Nos informaron que habías llegado a Los Angeles.

—Me voy enseguida.

—¿Adónde?

—A Salt Lake City.

—¿Qué transportarás esta vez?

—Naranjas.

—Harás un buen negocio, ¿eh, Ken?

—Eso creo, Bert, aunque uno nunca lo sabe hasta haber llegado a destino.

—Celebro que te marche bien.

—Gracias.

—Al jefe también le gusta que sus asociados prosperen. Es un gran tipo el señor Romano.

—Dale mis saludos.

—Se los daré, Ken. No has de tener la menor duda. —Ahora, adiós.

Bert Everett sacudió la cabeza y fue a dar la vuelta.

—Eh, Kent, se me olvidaba una cosa.

—¿El qué?

—De pronto me he acordado que no estás al corriente de tus cuotas.

—No pertenezco a vuestra sociedad, Bert.

—¿Qué tienes contra ella...? El señor Romano es nuestro protector.

—Yo no necesito que me proteja nadie.

—Pero, muchacho, no está bien que digas eso... Hay mucha gentuza suelta por ahí...

¿Qué le pasó hace un mes a Barty Mac Leo? Tú conoces a Barty Mac Leo, ¿verdad?

—Sí.

—Transportaba doce mil kilos de tomates a una ciudad del este y, en el camino, fue detenido por cuatro hombres. Apalearon a Barty, lo dejaron sin conocimiento y luego arrojaron la mercancía al río... Barty Mac Leo tampoco estaba asociado... Le dimos buenos consejos una y otra vez diciéndole que Toni Romano impediría que le sucedieran esas cosas... Perdió mucho dinero al encontrarse sin sus tomates, y encima de eso, tuvo que estar una semana sin manejar el camión... ¿Qué es lo que hizo entonces? Se asoció con Toni Romano y ya no le ha pasado nada... El bueno de Mac Leo va diciendo por ahí que ojalá se hubiese asociado antes.

El compañero de Everett estaba apoyado en la pared.

Everett sonrió mientras sacaba la cartera.

—Aquí tengo tus recibos atrasados. No dirás que no hemos tenido paciencia.

Corresponden a cinco meses.

—Guárdate esos recibos, Bert.

—¿Por qué he de guardarlos?

—Porque no los voy a pagar.

—No me digas que estás sin blanca.

—Tengo un poco de dinero.

—Oye, los cinco recibos importan ciento cincuenta dólares... Pero, claro, también tienes que pagar la cuota de entrada, cincuenta dólares... Eso hace un total de doscientos...

—Es mucho dinero, Bert.

—Nosotros somos comprensivos. Pagarás la cuota de ingreso y un par de recibos, total cien dólares... y la próxima vez, cuando vengas por aquí, liquidarás el resto. ¿Está así bien?

—No, no está bien porque no voy a pagar un centavo.

—Yo no he oído eso, Ken.

—Sin embargo, lo dije.

—No lo repitas, por tu propio bien.

—Óyeme, Bert. Conozco la asociación de Toni Romano. Sólo es un aprovechado que quiere vivir sin trabajar. Sé que tiene una villa que le costó trescientos mil dólares y ese dinero lo sacó a tipos como nosotros.

—Cállate, Ken.

—Ya no puedo callarme. Creí que Toni Romano era lo bastante listo para dejarme en paz.

—Eso es lo que Toni quiere, que trabajes en paz.

—No, Bert. El solo quiere que yo sea uno de los que le ayuden a pagar sus lujos. Pero te repito que se equivoca.

—Cuidado, muchacho, estás pisando un terreno resbaladizo.

—Hablaste antes de Mac Leo. Es cierto lo que contaste. Unos hombres le salieron al paso en el camino y, después de darle una paliza, lo dejaron sin su mercancía... Toni Romano sabe mucho de eso.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que tú ya sabes, Bert. Toni le mandó a aquellos hombres. Mac Leo tampoco quería pertenecer a la sociedad. Entonces Toni se la jugó.

—Si el jefe se enterase de lo que estás diciendo, se iba a disgustar mucho.

—Oh, sí, claro, se va a poner a llorar. El es el protector de los camioneros y sufre mucho cuando a nosotros nos ocurre una desgracia. Lo siente en su propia carne, somos sus hijos más queridos.

—Basta ya de sarcasmos, Ken.

—Sí, Bert, no hace falta que prolonguemos este diálogo. Ya conoces mi respuesta.

Transmítesela a Toni Romano.

—No sabes lo que dices.

—Claro que lo sé.

—Hasta ahora Toni no te hizo daño.

—No, eso es cierto y será mejor que no me lo piense hacer. Yo no soy como Mac Leo.

—Estás muy engallado, Ken, y todo porque fuiste un peso medio con algún prestigio... ¿Cuántas fueron las peleas que ganaste?

—Veintisiete de veintiocho.

—La última la perdiste porque te fracturaste una mano.

—Así fue.

—Pero eso ocurrió hace mucho tiempo, Ken.

—Tres años.

—En aquella última pelea quedaste inútil para el boxeo.

—Sí. Me tuve que dedicar a otras cosas.

—Y tú piensas que todavía estás en forma, que podrás ganarle a cualquiera.

—Eso no lo sé...

—Sé lo que hay metido en tu cabeza, Ken. Eres un tipo orgulloso... No consientes que nadie te moje la oreja. Eres el gallito de la sociedad de Toni Romano.

—No pertenezco a la asociación de éste.

—Necesitas un escarmiento. Fue lo que dijo Romano.

—Nadie tocará mi camión, Bert.

—El jefe dijo que si no pagabas, te hiciésemos una demostración de lo que te puede pasar. Y no se trata precisamente de enseñarte una fotografía de Mac Leo después de haber recibido la paliza. — Bert señaló a su compañero que seguía apoyado en la pared—. ¿Sabes quién es, Ken?

—No, no lo sé.

—Te lo presentaré. Es Frankie Vargas... Militó en los pesados hasta hace dos años... Habría llegado hasta el campeonato mundial, pero recibió demasiados golpes. Nunca perdió por fuera de combate... Tenía un defecto, bajaba mucho la guardia, por eso recibió muchos golpes y lo sonaron. Apenas habla. Tuvo que retirarse. Hacía cosas extrañas en el *ring*. Los médicos de la federación dijeron que Frankie tenía un puesto seguro en un hospital de enfermos mentales. Pero Frankie no ha querido ir con los locos. Toni Romano lo contrató porque tiene un corazón de oro.

—¿Ya has terminado, Bert?

—Sí, han sido mis últimas palabras. Ahora paga.

—No.

Bert retrocedió mientras miraba a Frankie.

—Anda, Frankie, ahora te toca a ti.

El así llamado se enderezó separándose de la pared. Sus ojos estaban fijos en la cara de Ken Morgan.

Levantó los puños y avanzó sobre el joven.

Ken también alzó sus brazos. Le repugnaba aquella pelea.

—Bert —dijo— todavía estás a tiempo de frenarlo.

—Tú te lo has buscado.

—No consentiré que nadie me estafe. Ni siquiera Toni Romano.

Frankie disparó el puño derecho. Ken paró el golpe con el antebrazo y soltó la izquierda, que llegó limpiamente al hígado de Frankie.

Éste se vino hacia adelante y Ken le conectó la derecha en el maxilar.

El peso pesado salió disparado contra la pared, donde estrelló las espaldas.

—Frankie —exclamó Bert—. No puedes dejar que te gane.

—No, señor, no me ganará —dijo y volvió a avanzar sobre Morgan.

Frankie logró alcanzar el pómulo de Ken, el cual estuvo a punto de entrar otra vez en el recinto de la ducha, pero logró aferrarse al marco.

Apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—Frankie, no tengo nada contra ti, pero se trata de uno de los dos.

—Eh, Frankie, recuerda lo que te dijo el jefe. Tienes que convertirle la cara en una llaga. —Sí, señor— cabeceó.

Ken hizo un juego de piernas para evitar ser alcanzado en la cara, pero fue tocado en el estómago y en el plexo solar.

Aprovechó una oportunidad en que Frankie bajó demasiado la guardia, y le conectó un directo entre los ojos.

Ken no le dio tregua. Era la ocasión de tumbarlo y estaba ciego de ira.

Le pegó con la izquierda y luego con la derecha.

Frankie chocó de nuevo la cabeza contra la pared y se derrumbó.

Bert Everett quedó asombrado al ver el resultado de la pelea.

—Eh, Frankie, levántate. Recuérдалo..., nadie te tumbó todavía..., y Ken es un peso medio.

Ken se dirigió hacia él.

—Gané unos kilos, Bert, y ya estoy en los semipesados. Pero eso lo vas a saber enseguida.

—No me toques, Ken..., yo no soy boxeador..., sería una cobardía...

Pero Morgan lo tocó. Bastó un golpe en la mandíbula para que Bert cayese también en el suelo, pero no llegó a perder el conocimiento porque Ken no había puesto demasiada energía en el puño.

—¿Me oyes, Bert?

—Sí, Morgan —cabeceó Bert—, pero no me peques más...

—Dile a Toni Romano que no quiero oír hablar más de su asociación. No pertenezco a ella, ni perteneceré... Quema esos papeles porque jamás pagaré... ¿Te enteraste bien...?

—Sí, Ken, claro que me enteré... Se lo diré a Toni... Juro que se lo diré. Morgan lo dejó caer en el suelo y salió de allí.

CAPÍTULO II

—Eres un inútil, Bert —gritó Toni Romano—, te debí dejar en el cubo de desperdicios de donde te saqué.

—No fue culpa mía, jefe. Frankie falló... No comprendo todavía cómo Morgan pudo con él...

—Yo te diré por qué pudo. Frankie es hoy un saco de entrenamiento... sólo eso... No me sirve, de modo que despídelo. —Sí, Toni.

—Debería despedirte a ti también... No sé cómo me contengo... te juro que no lo sé.

Toni frisaba en los cuarenta y cinco años de edad, y era de talla mediana, robusto, cabeza poderosa, cabello rubio rizado, la nariz aguileña y la boca de labios finos que se curvaban en las comisuras. Bastaba verlo para saber que era un conglomerado de músculos y huesos capaz de encerrar una terrible energía.

—¿Qué tienes que decirme, Bert? —gritó.

—Oiga, jefe, estoy pensando que, después de todo, la cosa no tiene demasiado importancia.

—No, ¿eh?

—Es sólo un tipo. Su asociación es muy grande, y no va a pasar nada por veinticinco dólares más o menos.

—¿Qué clase de estúpido eres, Bert...? ¿Crees que eso se puede consentir...? ¿Crees que habría llegado donde estoy, si no hubiese tratado a todos de la misma forma...? Dices que no pasaría nada si dejásemos en paz a Ken Morgan... Te equivocas, ¿lo oyes...? ¡Te equivocas!

—Sí, jefe.

—Dejarlo en paz..., Esa idea no se le ocurriría ni a una hormiga... Sí, no me contradigas..., ya sé que las hormigas no

pueden tener ideas... Es sólo una comparación...

Por eso a veces tengo deseos de aplastaros con mis pies...

Hizo una pausa frotándose el cogote. Se volvió de nuevo hacia su empleado.

—No, Bert, no puedo consentir que se desmande un solo miembro de la asociación. Eso sería el principio del fin... ¿Se te mete en la cabeza o tendré que dibujártelo en la pizarra...? Si los miembros de ésta se enterasen de que un tipo se ha enfrentado conmigo y me ha vencido, mañana empezarían a darse de baja unos cuantos, media docena y al día siguiente serían veinte... Todo el edificio que me ha costado años de construir, se vendría abajo... ¡Y eso no lo voy a consentir...! La Asociación de Transportistas que preside Toni Romano, tiene que ser más grande aún de lo que es, y para llegar a eso hay que seguir teniendo mano dura. ¡No se pueden consentir las rebeliones...!

Lo he dicho muchas veces, esto es una gran familia y yo soy el padre... Ni uno solo de mis hijos se saldrá del camino que yo he trazado...

—Sí, jefe..., lo comprendo... palabra que lo comprendo.

—Ken Morgan tendrá que pagar..., hemos tratado de convencerlo por las buenas...

Pero ya que han fallado hasta ahora los procedimientos, cambiaremos de táctica.

Bert sonrió porque al fin iba a serle útil a Toni Romano.

—Morgan saldrá dentro de media hora para Salt Lake City con un cargamento de naranjas. Podemos organizarme algún comité de recepción en donde usted quiera, jefe, ya sabe, como a Mac Leo.

—No, eso no serviría.

—¿Por qué? ¿Supone que vencería a cuatro hombres porque tumbó a Frankie?

—No, no me refiero a eso... Estás pensando en lo que le pasó a Mac Leo, en que le peguen una paliza y le arrojen la mercancía al río.

—Sí, jefe.

—Eso sería demasiado peligroso... Todo el mundo supone que nosotros hicimos lo de Mac Leo, pero nadie lo puede probar... En nuestro negocio no podemos repetir las tácticas, Bert.

—Lo que usted diga, jefe.

—Además, no me interesa mucho que Ken Morgan pertenezca a la asociación.

—No le comprendo...

—Ken fue un buen boxeador, lo recuerdo bien en el *ring*. Era un tipo rabioso. Cuando recibía un golpe quería devolver cinco... No puedo arriesgarme con él:

—¿Lo va... a matar?

—Bert, cada día eres más idiota.

—Perdone, jefe.

—¿Desde cuándo Toni Romano es un asesino...? Pero es inevitable que ocurran accidentes... Naturalmente, algunos son intencionados, pero ¿qué pasa entre los camioneros...? Rivalizan entre sí... Se la juegan unos a otros para llegar antes a su destino... En sus luchas recurren a todos los medios, incluso a veces llegan hasta el asesinato... ¿Por qué a Toni Romano le han de echar la culpa de lo que le ocurra a Ken Morgan?

—Sí, Toni, tiene mucha razón, pero dígame, jefe, ¿qué es lo que le va a pasar a Ken?

—Ya lo tengo pensado. Hace algún tiempo que no utilizo ese medio.

—¿Cuál es, jefe?

—En primer lugar, tienes que conseguir que Morgan se demore en su salida.

—Eso va a ser difícil.

—Si no consigues eso, juro que te despediré.

—Está bien, jefe, hablaré con Clive Boardman. No tenía bastantes naranjas para Ken Morgan y tenía que esperar a que le llegase mercancía.

—No pierdas el tiempo, anda ya.

—Sí, señor. —Bert se acercó a la mesa y tras descolgar el teléfono marcó un número—. ¿Clive...? Soy Bert Everett... Quiero pedirte un favor... Ken Morgan no puede cargar su camión enseguida, ha de demorarse..., pongamos una hora... Ha de ser así, Clive... Ya sabes que nosotros devolvemos favor por favor... No falles, ¿eh, muchacho...? De acuerdo, Clive... Sabía que podría contar contigo.

—Ya está hecho, jefe. ¿Qué va a ser lo otro?

—No va a ser cuestión tuya.

—¿De qué se trata?

Quieres saberlo, ¿eh...?

Soy la mar de curioso. Usted lo sabe.

—Está bien, Bert... te lo diré... Vamos a poner una bomba de relojería en el camión de Morgan.

—Eso está bien, jefe.

—Tengo a los dos hombres que pueden ocuparse de eso... Ya hicieron otros trabajos antes y nunca fallaron.

—¿Dónde le pondrán la bomba?

—Para nosotros resultaría difícil, y para esos dos muchachos será como cortar mantequilla... No te preocupes, la pondrán en un lugar en donde Morgan no pueda verla... De todas formas, tomaremos precauciones... Morgan volará por los aires muy lejos de Los Angeles.

—Sí, señor.

Romano consultó su reloj.

—Ken Morgan saldrá con su camión hacia Salt Lake City más o menos a las siete... Les diré a mis dos muchachos que preparen la bomba para que estalle a las tres de la madrugada. Para ese momento Ken Morgan habrá hecho mucho camino...

—Seguro, jefe, estará muy lejos de aquí, habrá recorrido unos centenares de millas.

Los dos hombres se miraron en silencio. Toni Romano se echó a reír por lo bajo. Pero a poco sus hombros se fueron estremeciendo, hasta lanzar una franca carcajada.

CAPÍTULO III

El camión de Ken Morgan corría en medio de la noche por la ruta que conducía a Salt Lake City.

Había increpado a Clive Boardman por aquella demora extra, aunque éste se disculpó diciendo que no se le podía achacar el retraso.

Ahora debía recuperar el tiempo perdido.

No estaba muy seguro de que Romano lo fuese a dejar en paz, a pesar de su advertencia. Cuando Toni hincaba las garras en una presa, era difícil que la soltase. Pero estaba dispuesto a luchar contra el *gángster* hasta el límite.

Tenía la impresión de que otra vez había subido al cuadrilátero, aunque esta vez se enfrentase con un peso muy superior a él.

Oyó su voz interior: «Bueno, Ken, lograste apuntar a tu favor un nuevo *round*, pero Toni Romano no tirará la esponja ni la toalla, ha montado un buen negocio y él no puede consentir que nadie le tosa, ni siquiera un tipo como tú. Pero hay algo que puedes hacer, y es no volver por Los Angeles en una temporada».

Sí, eso era una gran idea, no volver por Los Angeles en un año por lo menos. Había otros sitios para ganarse la vida con el camión.

De pronto, al volver una curva, los faros de su camión iluminaron una singular escena. Un hombre y una mujer luchaban al lado de un auto.

Ken frenó.

El camión quedó parado a unas treinta yardas de donde tenía lugar la lucha.

Ken Morgan se dijo que estaba cometiendo una tontería. Sí, el hombre y la mujer se estaban peleando, pero ¿quién no le decía a él que eran marido y mujer? ¿Por qué se iba a meter donde no lo

llamaban? Y por otra parte, no le interesaba pararse porque ello significaría aumentar su demora.

—¡Socorro! —oyó gritar a la mujer.

Eso le decidió a saltar de la cabina.

El hombre y la mujer forcejeaban.

El coche tenía los faros encendidos.

—Eh, déjela —gritó Ken antes de llegar al lado de los protagonistas de la riña.

Pero fue ella, la mujer, la que logró detener al hombre, pegándole un zarpazo en el cuello.

El hombre retrocedió lanzando un aullido.

Ken había llegado a la delantera del auto.

—Maldita, me has hecho sangre.

—Menudo puerco, debía de haberte roto la cabeza.

—Vamos, recupera la sensatez, Judy.

—No la he perdido en ningún momento.

—Vas a volver conmigo al pueblo.

—Y un cuerno. No viajaré contigo...

No puedes quedarte aquí sola.

Prefiero estar a solas que en tu compañía.

Ken asistía mudo a la escena.

La mujer debía tener veinticuatro o veinticinco años, y era una pelirroja esbelta, de rostro sensitivo, con la nariz un poco pecosa, y ojos verdes.

Él era un tipo fornido de más edad que ella, unos treinta y cinco años.

—Muy bien; como tú quieras —dijo el hombre—. Si deseas quedarte con este individuo, te quedas... Pero recuerda que te ofrecí un asiento.

—Eres muy generoso.

Ken pensó que aquello le crearía un problema. El auto era del fulano y ella se quedaría allí.

—Si ya fumaron la pipa de la paz, ¿por qué no se van juntos?

La pelirroja frunció el ceño.

—No sabe lo que dice. Cállese... ¿Es que no se dio cuenta de lo que estaba pasando aquí...? Este hombre estaba tratando de abusar de mí...

El compañero de la pelirroja ya se había metido en el auto.

—Anda, nena, cuéntale también la historia de tu vida...

—¡Vete al infierno!

—Perdona que no me vaya a ese sitio, prefiero el bar de Joe...

Ah, otra cosa. Mañana has de estar en la oficina a las ocho. En lo que a mí respecta, habré olvidado todo esto.

—Eres el tipo más caradura que me he encontrado en mi vida. ¿Has creído que puedo seguir en tu negocio?

—¿Qué tiene de particular?

—Anda y lárgate. Y mañana búscate una nueva empleada.

El fulano puso el coche en marcha, lo sacó de la carretera y se perdió a lo lejos, justo en la dirección en que Morgan viajaba.

—¿De dónde es usted? —Rompió el silencio Ken.

—De San Onofre.

—Está en mi ruta. Suba y la llevaré.

Ella lo miró atentamente a él.

—Es usted un camionero, ¿no?

—Sí.

—¿Viaja solo?

—Sí. Tengo un ayudante pero está enfermo desde hace dos semanas. ¿Quiere que le enseñe mi credencial?

—No sé si debo ir con usted...

—Ya sé lo que supone, que yo también me voy a propasar... Es la fama que tenemos los camioneros, ¿no?

—No he dicho eso —protestó la muchacha.

—Pero lo pensó... Aquí nos separamos... Puede quedarse en la carretera, haga autostop y seguramente encontrará a alguien que la lleve... Me alegro de haberla conocido.

Ken echó a andar hacia su camión.

—Espere —oyó gritar a la mujer.

Cuando se volvió, la joven ya estaba a su lado.

Iré con usted a San Onofre.

¿Ya no me tiene miedo?

Creo que no.

Subieron a la cabina del camión y, segundos más tarde, Ken emprendía el camino.

—Soy Ken Morgan —dijo él.

—Judy Wilson.

—¿Es casado él?

—Claro que no, ¿cree que si lo hubiera sido habría aceptado su invitación?

—Usted oyó hablar mal de los camioneros y yo oí hablar mal de las secretarias.

—¿Tiene que ser necesariamente desagradable, señor Morgan?

—Yo pienso que no todos los camioneros son como la gente cree, y tampoco lo son las secretarias.

—Si me lo permite, pondré ese pensamiento en una plaquita sobre la próxima mesa que ocupe.

Ken se encogió de hombros.

—Es corriente encontrarse con personas buenas o malas, y usted no estuvo acertada esta vez con su jefe.

—Dejemos eso, ¿quiere?

—No hay inconveniente.

—¿Adónde va usted, señor Morgan?

—A Salt Lake City.

—¿Qué lleva en su camión?

—Naranjas.

Sobrevino una pausa.

—¿Tiene mujer, señor Morgan?

—No.

—¿Dónde vive?

—De vez en cuando, me detengo en una casa de San Francisco, en la que vive una hermana de mi madre, pero tampoco es un hogar, si es eso lo que preguntó.

Mi hogar es esta cabina, al menos desde hace chico meses.

Hicieron otro par de millas en silencio.

—Señor Morgan, ¿puedo ir con usted a Salt Lake City?

Ken dio un respingo.

—Ni lo piense, Judy... No la llevaré.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, porque no quiero, y las demás razones sobran.

—Podría pagarle algunos dólares.

—Si tiene dinero compre un billete para el autobús.

—Me refería que se lo podría pagar cuando llegásemos a Salt Lake City. Tengo allí una amiga.

—De modo que está sin blanca.

—Sí, a decir verdad, sólo tengo un par de dólares.

—Entonces le daré una idea, Judy. Ponga una conferencia a su amiga a pagar en destino y dígame que le remita fondos.

Gracias por su interés en solucionarme el problema.

Me gusta echar una mano a la persona que está necesitada, y creo que se lo he demostrado a usted, ¿no...? Los descubrí a ustedes peleando y fui a su lado cuando pidió auxilio, y ahora la estoy llevando a San Onofre... ¿No he hecho ya por usted todo lo que he podido?

—Oh, sí, ha hecho mucho.

—Noto cierta ironía en su voz. ¿Acaso cree que estoy obligado a hacer más?

—No, señor Morgan.

—Debería saber que no soy uno de esos tipos que van con su descapotable por la carretera con la bolsa llena... Soy un camionero y tengo que estar muchas horas detrás de este volante para ganar mi dinero...

—Por favor, no me de una conferencia acerca del transporte.

—Descuide, no lo haré. Sólo trataba de justificar por qué no la llevo a Salt Lake City... Además, no tiene por qué marcharse de San Onofre... Sí, ya sé que su jefe trató de abusar de usted, pero eso ocurre todos los días... Usted quiere irse a Salt Lake City y, sin embargo, quizá allí tropiece con alguien peor que ese tipo del que quiere alejarse.

—Debería dejarme su dirección para cuando tenga otro conflicto sentimental. Es un gran consejero.

—Búrlase lo que quiera, pero le estaba hablando de corazón. Por otra parte, si usted se marchase de San Onofre, daría un gran disgusto a sus padres.

—No hay padres.

—¿Con quién vive?

—Sola.

—No me diga que es usted una pobre huerfanita.

—Acertó, señor Morgan, lo soy... Pero, por favor, si se va a echar a llorar, no lo haga por mi lado, me puede manchar.

—¿Vivió siempre en San Onofre?

—Sí.

—Entonces le resultará fácil encontrar un nuevo empleo.

—Le regalo todos los empleos que pueda encontrar allí.

Ken rió a lo lejos unas luces.

—Ahí está su pueblo, Judy.

—Siento cómo mi corazón salta de alegría. Por fin estoy otra vez en San Onofre. ¿Sabe usted lo que es? Yo se lo diré, el pueblo más mezquino y ruin que pueda existir en el mundo.

—Apuesto a que no ha visto otros poblados. Son todos iguales. No hay unos mejores que otros. Creo que exagera al decir que San Onofre es el más ruin de todos. Piensa eso por lo que le pasó esta noche. Pero mañana, cuando haya dormido unas horas, llegará a la conclusión de que en su pueblo también se puede vivir.

—Por favor, pare en la estación de servicio. Continuaré a pie.

—Pararé a cenar. Naturalmente, está invitada.

—No, gracias.

—Como quiera.

Ken Morgan detuvo el camión en la estación de servicio y los dos saltaron a tierra.

Judy le alargó la mano.

Gracias por haberme traído.

Ya se lo dije. Me venía de paso.

Buen viaje.

—Yo también le deseo buena suerte.

La joven se alejó de él por el camino que conducía a las casas.

Morgan entró en el restaurante y encargó su cena.

Judy era una chica que había pasado por una amarga experiencia, ésa era la razón por la cual se mostraba resentida, pero eso ocurría muy a menudo. Estaba satisfecho de su decisión. No podía llevarla hasta Salt Lake City. Un camión no era un autobús. Además, si uno empezara por hacer una excepción, la haría siempre. Un camionero tenía que seguir unas normas estrictas y de esa forma se evitaba muchos problemas.

Después de todo, Judy sólo era una muchacha a la que acababa de conocer. Muy pronto se borraría en su memoria.

Toni Romano miró sucesivamente a los dos hombres.

—¿Cómo fue la cosa, muchachos?

Le contestó el más alto de los tipos.

—Todo salió de primera.

—Así que pusiste la bomba en el camión de Morgan.

—Sí, jefe.

—¿Cómo resultó?

—Muy fácil porque él estaba durmiendo en la pensión Nacional.

—Imagino que tomarías precauciones.

—Sí, jefe. Puede estar tranquilo a ese respecto. Yo trabajé en el camión mientras Paolo vigilaba. Todo quedó como una seda. —¿A qué hora explotará la bomba?

—A la hora que usted dijo. Las tres de la madrugada.

Toni Romano se echó a reír y consultó su reloj.

—Es emocionante, ¿no les parece, muchachos...? Ken Morgan corre con su camión hacia Salt Lake City, sin saber que jamás llegará allí y que sólo le quedan seis horas de vida.

CAPÍTULO IV

Otra vez el camión de Ken Morgan corría por la carretera.
San Onofre había quedado atrás.

Durante la noche echaba de menos a su ayudante Andy Reeves.

Ahora viajaba solo porque Andy había sufrido un accidente dos semanas antes. Se rompió una pierna cuando estaba cambiando una rueda. Un jovencito que tripulaba un convertible pasó como una centella y golpeó a Andy. Pudo ser mucho peor que una pierna rota. Con cuarenta o cincuenta días, Andy quedaría listo para ocupar su puesto. Andy le había dicho que tomase otro ayudante, pero él, Ken, prefirió esperar a que curase. No quería empezar de nuevo con un extraño.

De pronto oyó un ruido a su espalda.

Apretó el pedal del freno y sacó el camión de la carretera.

Estaba seguro de que no había sido una ilusión suya.

Seguro que mientras estaba cenando se le había metido en el camión uno de aquellos mexicanos. Iban de un lado a otro para contratarse en los ranchos.

Apartó la lona que comunicaba con el recinto donde tenía una pequeña litera.

Con su mano izquierda manejaba una linterna sorda cuyo haz de luz dirigió al interior.

Algo se movió allí. Un cuerpo.

—Sal de ahí, muchacho, te he visto.

Su orden no fue obedecida.

—¿Quieres que te saque de ahí de un puñetazo?

Entonces el cuerpo se alzó.

No, no era un muchacho mexicano, sino aquella joven que había conocido a la salida de una curva peleándose con un hombre que

luego resultó su jefe.

Los dos se miraron en silencio.

Al fin Ken dijo:

—Le advertí que no podía llevarla.

—Lo sé.

—¿Por qué subió entonces? —gritó Ken, malhumorado.

—Ya se lo dije; no tenía dinero. Pensé que quizá pudiese llegar hasta Salt Lake City sin que usted me descubriese.

—Está chiflada si pensó tal cosa. ¿Cree que nací ayer? A medianoche tendré necesidad de llenar de nuevo el tanque y entonces habría registrado el camión.

—Lo siento.

—No basta con que lo lamente. Iba retrasado y ahora me va a hacer perder más tiempo... Para mayor escarnio, tardaron más de media hora en servirme un par de huevos fritos con tocino. Ahora tengo que devolverla al pueblo y ya corrimos doce millas.

—No se preocupe, saltaré a la carretera y esperaré a que pase alguien.

Ella fue a pasar por entre la lona y él la detuvo.

—¿Dónde está su equipaje?

—No lo traje.

—¿Por qué no?

Será mejor que no haga preguntas, señor Morgan.

Eso sí que está bueno. Ahora se enfada como si yo tuviese la culpa de todo lo que le pasa.

—No dije eso.

—Se lo advertí. Esto no es un autobús.

—Ya sé que no es un autobús, es un camión. No me gusta que me tomen por tonta.

—Así que, antes de dejarme, ya lo había pensado. Simularía que se despedía y, en cuanto yo diese media vuelta, se metería otra vez en el camión.

—Se equivoca, señor Morgan, no pensé en tal cosa.

—¿Cuándo lo decidió, entonces?

—Es mejor que no lo sepa. Y ahora..., adiós.

Judy pasó a la cabina.

Él la tomó del brazo.

—Quédese, la llevaré a San Onofre.

—No quiero ir allí, ya se lo dije. Pero ahora tengo un motivo mucho más importante.

—¿Qué motivo?

—Oiga, no quiero decírselo, de verdad no le conviene... Usted es un buen chico y no me gustaría meterlo en un lío.

—¿A qué viene ese misterio...? Dígalo de una vez.

—Se arrepentirá de haberme hecho hablar si se lo digo.

—Cuéntelo de una vez. —Asesinaron a mi jefe.

Ella lo dijo mirando fijamente a los ojos de él.

Y así permanecieron un rato, en silencio.

Ken apretó los maxilares.

—Está bromeando, ¿verdad...? Está bromeando.

—No, señor Morgan.

Ken se pasó la mano por la cara al tiempo que cerraba los ojos. Cuando los volvió a abrir, sonrió.

—Trata de impresionarme, ¿verdad, Judy...? Quiere abandonar San Onofre a toda costa y ha inventado una historia.

—Le repito que asesinaron a mi jefe... Yo vi su cadáver.

—¿Dónde lo vio?

—Lo encontré en su oficina.

—Pero ¿a qué tuvo que ir usted a su oficina?

—Naturalmente, a recoger mis cosas. Tuve en cuenta que Fred Hale, al separarse de mí, dijo que iría al bar de Joe. No quería volver allí mañana... Pensé que ahora sería el mejor momento porque encontraría la oficina desierta..., tengo una llave...

—Por favor, no continúe, me está dando dolor de cabeza.

—Está bien, no tiene por qué preocuparse. Ahora bajaré del camión y usted podrá continuar su camino... Hágase cuenta de que no me conocíó, de que no se detuvo en aquella curva.

Fue a abrir la portezuela, pero Ken la detuvo nuevamente.

—Eh, Judy...

¿Qué quiere?

¿Por qué huyó después de descubrir el cadáver de su jefe?

—Porque me echarán la culpa... Creerán que lo he matado yo.

—¿Quién lo dice? ¿Acaso la sorprendieron?

—Sí.

—Maldita sea. Cuéntelo todo.

—Al entrar vi el cuerpo de Fred Hale en el suelo; estaba de

bruces. En un principio pensé que se había desmayado. Bebió mucho esta noche cuando me invitó a cenar en La Orquídea... Me incliné sobre él y le di la vuelta... Tenía una cuchillada en el corazón... Había perdido mucha sangre... Todavía estaba caliente... Lo debieron matar muy poco antes de que yo llegase.

—¿Estaba cerrada la puerta cuando usted llegó?

—Sí. Tuve que abrir con mi llave.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Apenas un minuto o dos.

—¿Por qué no llamó a la policía?

—Ya se lo dije, pensé que no me creerían... Nadie me vio entrar en el edificio, allí sólo hay oficinas, pero mucha gente nos había visto juntos en La Orquídea... Vi con claridad que yo aparecería como culpable...

—¿Estaba el cuchillo allí?

—Sí, lo vi en el suelo y por eso pensé que el asesino no habría dejado sus huellas... Fue todo muy rápido... Lo siento... Me acordé de usted...

—¿Debo sentirme halagado por ello?

—Ya le he dicho que no le crearé más problemas... Me iré y se acabó...

—Todavía no me ha dicho quién la vio salir de allí.

—Margaret Ney.

—¿Quién es Margaret Ney?

—Trabaja como empleada en una distribuidora de libros, en la misma planta de la oficina de Hale... Nunca he simpatizado con ella... Es una mujer brusca, con un tipo hombruno... Yo salía del despacho cuando ella lo hacía del ascensor. Me sonrió y dijo: «¿Haciendo horas extra con su jefe, eh, señorita...?». Sentí deseos de abofetearla. No le contesté, solté un gruñido y me marché a la calle...

—Sí, ya lo sé, y tomó el camino que conducía a una estación de servicio, donde un hombre llamado Ken Morgan tenía un camión preparado para que usted pudiera huir.

—Comprendo que no tenía ningún derecho a hacerlo. Usted se portó muy bien conmigo. Ande déjeme bajar... Sólo tiene que soltarme el brazo.

—Suponga que la dejo bajar, ¿qué hará?

—Lo que usted me prepuso... Haré *auto-stop*.

—No le servirá. Si es cierto que la toman por la asesina, la detendrán enseguida.

—Quizá tenga suerte.

—No, Judy, no puede contar con eso... Pero contésteme, ¿cuándo cree que descubrirán el cadáver?

—Hay una mujer que va a hacer la limpieza a las siete de la mañana. Se llama Freda. En cuanto entre, verá el cuerpo del señor Hale y dará la voz de alarma.

¿Cuántos empleados tenía Fred Hale?

Yo era su única empleada.

—La policía pensará enseguida en usted y, cuando se de cuenta de que ha desaparecido, dará su descripción y se lanzarán en su busca como lobos... Teniendo en cuenta que ahora son las nueve y media de la noche, son muy pocas horas para que pueda poner mucha distancia entre usted y sus perseguidores... No, Judy, no le sirve... Es presa segura, la atraparán.

—Tiene razón.

Quedaron otra vez en silencio.

—¿Tiene un cigarrillo, Ken? Se acabaron los míos.

Encendieron un cigarrillo con el fósforo que él prendió.

Ken apoyó la cabeza en el respaldo.

—Eso no me puede pasar a mí... ¡No, maldita sea...! ¿Por qué de pronto empiezan las complicaciones?

—¿Cuáles son las tuyas, Ken?

—No vale la pena contarlas... Es usted la que se enfrenta con un verdadero problema... Infiernos, tiene que haber otra solución.

—¿Cuál, por ejemplo?

—¿Está segura de que su jefe no se suicidó?

—Le diré a la policía que Fred Hale me llevó a cenar a La Orquídea y luego a dar un paseo en coche...

En un momento determinado sacó el auto de la carretera y me quiso hacer el amor. Yo lo rechacé, entonces usted apareció y Fred se marchó. Se fue a su despacho y empezó a sentir remordimiento. No pudiendo resistirlo, se hundió un cuchillo en el corazón. ¿Piensa que alguien va a creer eso?

—No, Judy, nadie lo creerá.

—En cuanto termine de fumar el cigarrillo, me marcharé.

—Sólo existe una solución para que usted quede libre de toda culpa. Que aparezca el verdadero asesino.

—Oh, sí, el de los remordimientos será el criminal, y no yo. Mientras nosotros estamos aquí, él se habrá presentado a la policía diciendo: «Yo he matado a Fred Hale, espósenme».

Morgan golpeó el volante con el puño cerrado.

—Todo es muy complicado.

—Sí, señor Morgan, lo es.

—Eh, oiga, ¿recuerda si la vio bajar alguien del camión cuando llegamos a la estación de servicio?

—No nos vio nadie. Miré a mi alrededor y en ese momento estábamos solos.

—De todas formas, yo puedo decir que viajó en mi camión, que estaba a mi lado a la hora en que Fred Hale era asesinado.

—Sí, usted puede decir eso, y yo se lo agradezco mucho, pero tampoco lo creerán.

¿Quién es usted? Un desconocido... Además, podrían llegar a pensar que es mi cómplice.

Ken dio un respingo.

—Maldita sea, ¿por qué infiernos tuvo que aceptar la invitación de su jefe...? Dígamelo, ¿por qué?

—Había insistido muchas veces, desde que entré a trabajar allí hace seis meses, y yo creí que Fred era honesto.

—Las mujeres y sus graciosas deducciones.

—Está perdiendo un tiempo precioso, Ken. Tiene que llegar a Salt Lake City con las naranjas en el tiempo preciso.

Ken apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Judy, ¿de quién sospecha usted...? Ya sabe, ¿quién pudo matar a Fred Hale...? Imagino que habrá pensado en alguien.

—Existen unas cuantas personas, pero la verdad es que no me he decidido por ninguna de ellas.

—¿Cuál era la profesión de su jefe?

—Agente de bienes raíces.

—¿Mucha clientela?

—Sí. Además, era copartícipe en un club nocturno. La Pantera Negra. Su socio es Spencer Jarman.

—¿Cómo se llevaban los dos socios?

—Bastante bien, al menos en mi presencia.

—Dijo que Fred era soltero. Me imagino que saldría con chicas.

—Desde luego, pero no me tenía al corriente de sus amoríos... Durante las últimas semanas salió con una cantante del club, una rubia platino llamada Debra Shiller. —¿Dejó de salir con ella?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé, no le hice preguntas, y Fred Hale tampoco me explicó nada.

—Fred le dijo que se iba al bar de Joe. Sin embargo, poco después, lo encontró muerto en la oficina. Quizá se encontró allí con alguien. ¿No recuerda usted si alguna persona había quedado citada a aquella hora de la noche?

—No, no tenía ninguna cita en la oficina para esta noche. Estoy segura.

—¿No encontró nada por el suelo aparte del cuchillo?

—No, no había nada.

—¿Cajones revueltos, papeles fuera de su sitio?

—Todo estaba en orden.

Ken aplastó la punta de su cigarrillo en el cenicero.

De pronto, puso en marcha el motor y dio vuelta al camión.

—Eh, Ken, ¿qué hace?

—Regresamos a San Onofre.

—Sí, es lo mejor... Me entregaré a la policía y así usted podrá continuar su viaje...

Imagino que lo molestarán muy poco.

—No he pensado que se entregue a la policía.

—¿Qué quiere decir?

—Faltan unas cuantas horas para las siete de la mañana. Si hay suerte, no descubrirán hasta entonces el cadáver de Fred. Fue justo lo que dijo. Investigaremos hasta encontrar al asesino.

No puede hacer eso... Recuerde, sus naranjas...

¿Cree que puedo dejarla...? Además, lo hago por mí mismo. Me he metido en esto hasta el cuello. Eso me enseñará a ser menos entrometido.

Judy sonrió.

—Es usted muy bueno.

—No diga eso, o lo estropeará.

—¿Lo ha pensado bien, Ken...? Ande, deténgase y yo regresaré

por mis propios medios a San Onofre... Es lo mejor. No tenemos ningún indicio, ninguna sospecha. Será muy difícil, por no decir imposible, que descubramos a la persona que mató a Fred Hale.

—Cállese... Cuando Ken Morgan adopta una decisión, no hay nadie que lo pueda detener... ¿Lo oye bien...? Nadie.

CAPÍTULO V

Judy abrió con la llave la puerta de la oficina.

Pasaron de largo por una habitación y entraron en el despacho de Fred Hale.

Los dos se detuvieron al ver el cuerpo que yacía en el suelo.

Ahora éste estaba boca arriba, porque Judy lo había movido al encontrarlo por primera vez.

Morgan examinó el cadáver y luego miró el cuchillo. Estaba a unas dos yardas, la hoja manchada de sangre.

La herida ya había dejado de sangrar.

—Se quedó frío —dijo Ken.

Se levantó y examinó el resto de la estancia.

—No hubo lucha, y eso parece indicar una cosa, que su visitante no le era desconocido. Tampoco aparece ninguna cerradura violentada. Sí, Judy, hay que descartar la hipótesis de un ladrón profesional.

—Hay una caja con dinero.

—¿En dónde?

—En mi mesa.

Judy salió del despacho de Fred Hale y se introdujo en su oficina. Tiró de un cajón y extrajo una caja de acero, que abrió con una pequeña llave.

Ken apareció en el marco de la puerta.

—No tocaron el dinero, Ken.

—Está claro. Fue una persona amiga suya la que estuvo aquí. Nos dedicaremos primero a ese club nocturno. Hemos de enterarnos si Spencer Jarman o esa rubia Debra Shiller salieron esta noche del local.

—Me parece una buena idea.

En aquel momento se oyó el timbre de la puerta.

Judy estuvo a punto de lanzar un grito. Se cubrió la boca con la mano.

No necesitó abrir porque lo hizo desde el corredor una mujer delgada, de cabello color ceniza, que defendía sus ojos con lentes de alta graduación.

—Perdona, Judy..., vi luz por debajo de la puerta y... —se interrumpió al descubrir a Ken.

—Marga, te presento a Ken Morgan, un amigo.

—Encantada, señor Morgan.

—Ella es Margaret Ney, que trabaja en esta misma planta.

—¿Cómo está, Margaret? —preguntó Ken.

—Pensé que encontraría aquí a Fred Hale.

El rostro de Judy estaba muy pálido, y por eso no pudo empalidecer más.

—¿Necesitabas hablar con el señor Hale, Marga?

—Sí... Hace unos días me prometió que buscaría una nueva casa para mi primo Jimmy... Te lo expliqué, Judy... La casa de Jimmy está casi en ruinas, debido al agua del manantial que se filtra por aquellos terrenos. Fred me prometió que se ocuparía del asunto, pero la verdad es que hasta ahora no me ha dicho nada.

—El señor Hale no está en la oficina, Marga... Yo vine aquí con el señor Morgan para recoger algo que olvidé.

—Oh, sí, comprendo... Bueno, ya no los molesto más. Mañana hablaré con Fred...

Buenas noches.

Correspondieron al saludo y Margaret Ney abandonó la oficina.

Los pasos de la hombruna mujer se perdieron por el corredor.

Judy se dejó caer en una silla dando un suspiro.

—Mi corazón está estableciendo un nuevo récord.

—Vámonos, Judy, aquí no hacemos nada.

—¿Se da cuenta, Ken...? Ella nos ha visto. Cuando lo descubran mañana, usted ya no se podrá librar.

—Ya lo sé, y lo tuve en cuenta.

—No debió regresar conmigo a San Onofre...

—Judy, ya está hecho. No continué mi camino, sino que vine con usted. Ahora no sirve de nada pensar en lo que debí hacer... Lo importante es trabajar deprisa. Recuerde que las saetas del reloj

están contra nosotros.

Judy y Ken entraron en el club nocturno La Pantera Negra.

El local estaba muy animado.

Cuando se les acercó un mozo, pidieron martinis.

—¿Está por aquí Spencer Jarman? —preguntó Ken a Judy cuando quedaron a solas.

—No lo veo. Seguramente estará en su despacho, pero es preferible que no entres allí.

No tendrías excusa para preguntar por el señor Hale.

—Bailemos y, mientras tanto, se me ocurrirá alguna cosa.

Salieron a la pista y se mezclaron con las otras parejas.

—Judy, ¿venías aquí con Fred con alguna frecuencia?

—No. Ya te dije que esta noche fue la primera vez que acepté su invitación. Estuve aquí en distintas ocasiones con un par de amigos. Una vez Hale se acercó a mi mesa y me invitó a bailar. Yo acepté naturalmente, pero luego se marchó.

Terminada la pieza, regresaron a la mesa.

Un locutor anunció las atracciones.

Primero salió un tipo que hacía juegos de manos y luego un *ballet* integrado por cinco cosacos. Finalmente, el locutor anunció la actuación de Debra Shiller.

La rubia platino era una mujer muy sugestiva y, a ello debía todo su éxito, ya que su voz era vulgar.

Cantó dos piezas y se marchó.

—Esa mujer parece que está preocupada —dijo Ken.

—Sí, también lo noté yo.

—Espera, Judy, voy a hablar con ella.

Poco después, Ken llamaba a la puerta de un camerino.

—Pase —oyó la voz de Debra.

Morgan entró en el recinto.

Debra Shiller se estaba cambiando detrás de un biombo.

—Enhorabuena, Debra, estuvo muy bien —dijo Ken.

Ésta lo miró por encima del biombo.

—¿Nos conocemos?

—Claro que sí. Hace una semana nos presentó Fred Hale..., pero es lógico que se haya olvidado de mí, fue un encuentro rápido.

La rubia frunció el ceño.

—No recuerdo nada.

—Eso es normal en una artista. Ustedes conocen a mucha gente y no pueden conservar en la memoria todas las caras... A propósito, ¿vio a Fred esta noche?

—No.

Ella había contestado muy aprisa.

Ken la miró fijamente a los ojos.

—Necesitaba hablar con él para preguntarle sobre un asunto que le confié.

—¿No sabe dónde tiene su oficina?

—Sí, desde luego, pero no puedo ir allí a estas horas. ¿Sabe si Fred vendrá aquí?

—Lo ignoro, hace algunos días que no le veo.

—No me diga que ustedes terminaron... Fred estaba entusiasmado con usted. Me dijo que se llevaban muy bien.

—Eso fue hace un millón de años.

—Ya entiendo, riñeron.

—No, no peleamos. Fred y yo quedamos de acuerdo en separarnos. Descubrimos que nuestros caracteres eran distintos... Eh, oiga, todavía no me ha dicho su nombre.

—Ken Morgan.

—Su nombre tampoco me suena. ¿Está seguro de que nos presentaron?

—Está suponiendo que es un truco, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué, Debra?

—Estoy acostumbrada a que los hombres se acerquen a mí empleando toda clase de procedimientos. Y el truco que más frecuentemente emplean es el de que fuimos presentados con anterioridad.

—Me atrapó, Debra.

—Entonces, Fred no nos presentó.

—No.

La mujer salió del biombo. Se cubría con un vestido de escamas plateadas que marcaba con nitidez sus atractivas formas.

—¿Me va a explicar ahora su juego, señor Morgan? ¿O tampoco se llama así?

—Sí. No le engañé a ese respecto, soy Ken Morgan.

—¿Por qué vino aquí?

—Fred Hale me debe algún dinero, pregunté por ahí y me dijeron que estaba en buenas relaciones con usted... He esperado algún rato en la sala a que él apareciese. Pero no vino y por eso me decidí a preguntarle a usted.

—Ya le he dicho que no lo he visto hoy.

—Creí entender a alguien que usted había salido de aquí esta noche y pensé que quizá se hubiese reunido con él.

—¿Quién le dijo eso?

—No hace falta que le diga el nombre.

—Creo que lo está inventando todo. Pero, suponiendo que alguien le dijese que he salido esta noche, miente. Llegué a las seis y media. Salí un rato para estar con unos amigos, pero me aburrí y volví al camerino. He estado en él hasta que llegó la hora de mi actuación.

Ken guardó un silencio y la rubia platino dijo:

—¿Está satisfecho, señor Morgan?

—Sí.

—Entonces, adiós.

—Gracias por sus informes.

—No tiene por qué darlas.

Ken hizo un saludo con la mano y salió del camerino.

Pero no tomó el camino que había traído antes, sino el opuesto.

Tuvo que apretarse contra la pared para dejar paso a una mujer que llevaba unos cuantos vestidos femeninos.

Luego continuó adelante.

Descubrió a un viejo que estaba sentado en una silla leyendo un diario.

—Buenas noches —dijo Ken.

El viejo levantó la mirada del periódico y dijo:

—No puede pasar por aquí. Está prohibido a los clientes.

—Descuide, no saldré.

Ken sacó el paquete de cigarrillos y lo alargó a su interlocutor.

—No fumo, amigo —contestó el viejo.

Ken encendió un cigarrillo y dijo mientras lo encendía:

—Soy amigo de Debra Shiller. Quiero saber si ella salió de aquí esta tarde.

—¿Es policía?

—No.

—Entonces, ¿cuál es su curiosidad?

Morgan sacó un fajo de billetes del bolsillo y apartó uno de cinco dólares.

—Ésta es mi curiosidad, abuelo.

El viejo miró el billete, lo atrapó con la mano izquierda y lo hizo desaparecer en una fracción de segundo.

—Sí, ella salió.

—¿A qué hora?

—Más o menos a las ocho.

—¿Adónde fue?

—No me lo dijo ni yo se lo pregunté, naturalmente. —¿Cuánto tiempo tardó en regresar?

—No lo sé con seguridad, pero tal vez fue una hora.

—Escuche, amigo, esto es muy importante. Quizá se fijó usted en la cara de ella cuando entró después de este rato de ausencia.

—Sí. La vi bien.

—¿Notó algo extraño?

—Ahora que lo dice lo noté. Entró como asustada, nerviosa. Recuerdo que tropezó con mi silla y yo le dije: «Cuidado, señorita, se puede hacer daño...». No llegó a caer porque se apoyó en la pared. Luego se fue a su camerino. Eso es todo, compañero. No puedo agregar nada más.

—Es poco para cinco dólares, ¿no le parece?

—Para compensarle, puedo contarle lo que sucedió la noche en que actuó Bob Hope, hace siete años.

—Oh, no me interesa eso. Preferiría que me hablase de Fred Hale.

—¿Fred Hale?

—No me diga que no lo conoce.

—Claro que sí, es el socio del señor Jarman.

—Tengo entendido que Fred salió algún tiempo con Debra Shiller.

—Sí, eso es cierto. Cruzaron muchas veces por esta puerta juntos... Al parecer, simpatizaron, pero luego la cosa se enfrió... Últimamente Hale no entraba ya en el camerino de la señorita Shiller, así que imaginé que habían peleado.

—Estaba pensando que Spencer Jarman no estaría muy satisfecho de que su socio saliera con una de las artistas

contratadas... Ya sabe, a veces, los dueños de esta clase de negocios tienen esas reglas.

—No sé nada de eso. Yo sólo soy un portero. Nunca me preocupo por las reglas que rigen entre Jarman y Hale y las artistas que contratan.

—Gracias por todo —dijo Ken y se encaminó otra vez al corredor.

Esta vez entró en el camerino de Debra Shiller sin llamar.

Sorprendió a Debra que estaba guardando algo en una maleta.

—¿Otra vez aquí, señor Morgan?

—No tuve más remedio que venir.

—¿Me va a pedir un autógrafo?

—No, Debra, no es eso.

—¿De qué se trata, entonces?

—Usted me engañó. Me mintió cuando dijo que permaneció esta noche en su camerino. Y ahora no es una suposición porque tengo la prueba... Usted salió alrededor de las ocho y no regresó hasta una hora más tarde... ¿Dónde fue?

—Enséñeme su credencial de policía.

—No la tengo porque no soy policía.

—Entonces no voy a contestar a su pregunta.

—Sería mejor para usted que lo hiciese.

—Ande, salga de aquí, señor Morgan.

—No saldré hasta que hable.

—Entonces pediré que lo echen.

La joven se dirigió hacia la puerta abierta, pero Ken la atrapó por una muñeca.

—Quieta, muchacha.

—Me está haciendo daño.

—¿Por qué no me dice a dónde fue?

—Eso es cuenta mía.

—Muy bien, yo se lo diré, Debra... Usted fue derecha de aquí a la oficina de Fred Hale... Quizá previamente habían quedado citados allí... Usted llevaba un propósito. El de asesinarlo.

La joven se echó a reír.

—Está usted loco, no sabe lo que dice.

—Lo sé perfectamente, Debra... Usted había echado un cuchillo en su bolso... Iba a matar a Fred... Quería vengarse de él...

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque él le había propuesto el matrimonio y luego la echó a un lado, como si fuese un objeto usado.

—Suponiendo que él me hubiese hecho esa promesa, ya terminé con Fred.

—Él fue quien terminó y no usted... No se lo pudo perdonar porque se enamoró de él... Juró vengarse y esta noche tuvo la oportunidad... Fue a la oficina de Hale y lo encontró allí a solas... Sacó el cuchillo del bolso y se lo clavó.

Ken estaba observando el rostro de Debra y vio cómo sus ojos se agrandaban.

—¿Qué dice...? ¿Fred muerto...?

—Sí.

—¡No es posible...!

—No es mala actriz... Cualquiera diría que conoce la noticia ahora, cuando en realidad fue usted quien lo despachó.

Ken había dejado libre a la rubia platino y ahora ésta se tambaleó como si hubiese recibido un golpe en la cabeza.

—¡No es cierto...! ¡Usted me engaña...! ¡Dígame que me engaña...! ¡Yo me separé de él y estaba vivo...!

—Admite que fue a su oficina.

—Sí, lo admito, pero le repito que estaba vivo cuando me fui...

—¿Por qué se le ocurrió a usted ir a la oficina, Debra...? ¿Acaso sabía que él estaba allí...? ¿Fue una cita acordada...?

—Me hizo una llamada... Dijo que quería hablarme con urgencia y que no se lo dijese a nadie... Salí enseguida del club... Cuando llegué le pregunté por qué me había llamado... Se acercó a mí diciendo que me había echado mucho de menos... Comprendí que había sido una estúpida, que no me necesitaba para nada..., bueno, sí, para hacerme el amor... le dije que estaba equivocado conmigo... Usted sugirió hace unos instantes que Fred me consideraba como un objeto usado, y es cierto... Eso es lo que él creía... Eso he sido para Fred... Lo aparté de un empujón y eché a correr. Sólo estuve en la oficina unos minutos... —Sin embargo, tardó una hora en volver.

—Estuve paseando.

—¿Por dónde paseó?

—Por el parque.

—¿La vio alguien?

—Imagino que no. Era de noche... Yo estaba muy afectada por lo que acababa de hacer Fred... No podía imaginar que sus sentimientos hubieran cambiado hacia mí... Fui una tonta, una estúpida.

—¿No lo mató usted?

Debra se apretó las sienes con las manos.

—Entonces es verdad... lo mataron.

—Sí, Debra.

La joven negó con la cabeza.

—No, yo no fui... Se lo juro, señor Morgan... A pesar de todo lo que me había hecho, yo amaba a Fred. Sé que no se lo merecía, pero lo amaba... Es la pura verdad.

—¿Cuáles eran las relaciones entre Fred y Spencer Jarman?

—Aparentemente, eran buenas.

—¿Por qué dice aparentemente?

—Fred me confesó que hace cosa de un año tuvo algo que ver con la mujer de Jarman... Fred era un hombre muy voluble en cuestiones de amor... Le gustaba ir de una mujer a otra.

—Sí. Ya veo que era muy voluble... Pero hábleme de la mujer de Jarman.

—Fred no me informó más a ese respecto, y yo no tenía curiosidad por conocer sus aventuras anteriores.

—¿Cuál es el nombre de esta señora?

—Elizabeth.

—¿Viene por aquí?

—Sí, ha venido alguna vez con su marido y con invitados.

—¿Cómo es?

—Muy hermosa... Según he oído decir, ella también fue artista, pero al casarse con Jarman, se retiró.

—¿Dónde vive?

—En la calle Mayor, pero no sé el número.

—Quiero decirle algo importante, Debra... Hasta ahora la policía no conoce la muerte de Hale. La secretaria de Fred se ha visto involucrada en el asunto... Ella descubrió el cadáver de Fred y pensarán que lo mató si no atrapamos al verdadero criminal antes de las siete de la mañana, que es cuando llega la mujer de la limpieza. Usted debe guardar silencio esta noche, es lo que le pido.

—No se preocupe, señor Morgan.

—También quiero decirle que la policía la tendrá en cuenta... Según parece, fue la última persona que vio vivo a Fred Hale, antes de que el asesino hiciese su trabajo... Con lo cual tiene más probabilidades que Judy Wilson para cargar con la culpa.

—Yo nunca hubiese podido matarlo.

La joven escondió la cara entre las manos y se puso a sollozar.

—Lo siento, Debra— dijo Ken y salió del camerino.

CAPÍTULO VI

Al regresar a la mesa, Ken encontró a Judy en compañía de un hombre de unos cuarenta y cinco años, rostro de facciones correctas, cabello rubio.

—Ken —dijo Judy—, te presento al socio de mi jefe, el señor Jarman. Señor Jarman, éste es Ken Morgan, un amigo.

Los dos hombres intercambiaron un saludo.

—¿A qué se dedica, señor Morgan? —preguntó Jarman.

—Al transporte.

—¿Por mucho tiempo en San Onofre?

—No creo que sea mucho.

Jarman se levantó.

—Sea bienvenido a mi casa, y diviértase.

—Gracias, señor Jarman.

—Hasta luego, Judy —dijo Spencer y se alejó hacia la barra del bar.

Cuando los dos jóvenes quedaron a solas, Ken bebió un trago de su martini.

—¿Te dijo algo de Fred, Judy?

—Le pregunté si lo había visto esta noche y me dijo que no, que no había estado por aquí.

—¿Lo viste salir de su despacho?

—Sí, Ken... ¿Has hablado con Debra?

Ken le contó su escena con la artista y todo lo que había sabido por boca de ella.

—¿Crees que fue sincera?

—Juraría que no me engañó.

—Entonces ella queda descartada.

—Si no fuese así, está perdiendo su tiempo aquí, y no haciendo

películas en Hollywood... Judy, ¿te habló Fred de sus relaciones con la mujer de Jarman?

—No, nunca... Espera un momento.

—¿Qué te ocurre?

—Acabo de recordar una conversación telefónica de Fred... Estaba hablando con Elizabeth, la nombró... Quizá fuese ella, la mujer de Jarman.

—¿Qué dijo él por el auricular?

—Fue hace un par de semanas —la joven se quedó pensativa—. Dijo algo parecido a esto: «Lo siento, Elizabeth, pero tendrás que soportarlo».

—¿Estás segura de que dijo eso?

—Absolutamente, ahora lo recuerdo muy bien.

—Yo también apostarí a que la mujer a quien dijo eso era la de Jarman, pero de todas formas voy a comprobarlo.

—¿Es que vas a ir a casa de Jarman?

—Éste es el mejor momento, puesto que él está aquí y no nos interrumpirá.

—Quizá ella no quiera verte.

—Ya me las arreglaré.

—Iré contigo.

—No, Judy. Es preferible que te quedes. De esa forma, Jarman no entrará en sospechas... Si alguien te pregunta, dices que he ido a poner una conferencia telefónica en relación con mi negocio de transportes.

Ken se levantó, dio una palmada en la mejilla de Judy, y se fue hacia la calle.

Entró en un bar de la calle Mayor y pidió un *whisky*.

Dio una propina al mozo y preguntó por el domicilio de Jarman.

Apuró de un trago el contenido del vaso y salió nuevamente a la calle.

Poco después, cruzaba un jardín y subió un porche.

Llenó los pulmones de aire y apretó el botón del timbre. Una de las ventanas del piso bajo estaba iluminada. Le abrió una criada muy joven.

—Quiero hablar con la señora Jarman.

—Lo siento, pero ya se acostó.

—No importa. Me recibirá.

Ken pasó por junto a la criada y se detuvo en el vestíbulo.

La criada se había quedado perpleja.

—La señora Jarman se retiró a su habitación diciendo que no se la molestase. Tenía una fuerte jaqueca.

—Dígame que soy Ken Morgan, un amigo de Fred Hale.

—Oiga, señor Morgan..., ¿por qué no espera a mañana...?

—Mañana ya no estaré en el pueblo, tengo que verla ahora, ¿comprende...?

—Está bien... Subiré a decírselo a la señora, pero le advierto que se va a enfadar mucho cuando La despierte...

La criada desapareció en lo alto de una escalera.

Transcurrieron unos minutos y la criada bajó del piso superior.

—Acompáñeme.

La joven lo llevó al *living*, que estaba a la derecha, y lo dejó otra vez a solas.

Se desgranaron cinco minutos, diez.

Al fin, la puerta se abrió dando paso a la señora Jarman.

Debra Shiller no le había engañado. Era muy hermosa, de cabello y ojos negros. Se cubría con un batín azul de escote en uve.

—Buenas noches, señor Morgan... Usted dirá.

—¿Qué fue a hacer esta noche a la oficina de Fred Hale?

—¿Cómo...?

—Entendió perfectamente la pregunta, señora Jarman.

Elizabeth levantó la barbilla.

—Su impertinencia me deja asombrada, señor Morgan... En primer lugar no tengo nada que ver con el señor Hale.

—Es el socio de su marido.

—Sí, señor Morgan. Fred Hale es el socio de mi marido, pero no el mío.

—Creí que sí.

Los ojos de la bella señora Jarman despidieron chispas de cólera.

—¿Qué quiere dar a entender, señor Morgan?

—Usted y Fred sostuvieron un romance.

—No diga eso.

—¿Por qué no he de decirlo si es la verdad?

La joven apretó sus menudos y parejos dientes.

—Diga de una vez lo que quiere, señor Morgan.

—Confiese que fue a visitar a Fred Hale a su oficina.

—Está bien, fui a verlo.

—¿Por qué quería verlo, señora Jarman?

—Eso no le importa a usted.

—Me temo que sí.

—No continuaré hablando con usted. Salga o llamo a los criados para que lo echen.

—Correcto, señora Jarman, si es que prefiere hablar con la policía.

—¿La policía?

—Sí, señora Jarman. La policía interviene cuando un hombre muere violentamente, y eso es lo que le pasó a Fred... Alguien lo mató... Pero no sé por qué se lo digo si usted sabe perfectamente que él está muerto... Desmíéntalo, si se atreve.

—No lo voy a desmentir porque yo también lo vi muerto.

—Gracias por su sinceridad, señora Jarman... Y ahora, ¿qué le parece si llamamos a la policía?

—¿Para qué?

—Está claro, señora... Usted, en un acceso de furia, lo mató.

—Oh, no, yo no lo hice. Le repito que cuando yo llegué a su oficina lo encontré muerto.

—Eso no lo creará nadie.

—Es la verdad... Vi su cadáver en el suelo... Me asusté mucho... No estuve allí más que unos segundos... Eché a correr.

—¿Vio a alguien al entrar o salir?

—No.

—Señora Jarman, es inútil que invente una fábula... Me imagino que tendrá atenuantes. He llegado a la conclusión de que Fred Hale era un tipo deshonesto.

—Lo era, me estaba chantajeando.

—¿Con qué la chantajeaba?

—Con las cartas que le escribí.

—Entiendo... Él le sacaba dinero y usted llegó al límite y decidió matarlo... Lo hizo esta noche y debo confesar que le salió bastante bien.

—No diga eso... Yo no lo maté.

—¿Por qué fue entonces a su oficina?

—Hace dos días me había pedido dos mil dólares. Tenía que llevárselos mañana, pero no tenía suficiente. Siempre me estaba

engañando. A cada entrega de dinero, me prometía que la próxima me devolvería las cartas. Me había sacado ya cinco mil. Llamé a su casa esta noche para decirle que no había podido reunir los dos mil que quería, que sólo tenía trescientos. Pero no descolgaron y entonces marqué el número de su oficina. Fred estaba allí. Se lo expliqué todo, le dije que no podía darle más dinero. Se echó a reír. Me contestó que esperaba esos dos mil y que, si le fallaba, al día siguiente mandaría las cartas a mi marido. Después colgó. Paseé de un lado a otro como loca. Quiero a Spencer. Sé que no me porté bien con él. Fui una estúpida dejándome engañar por Hale. Fred es de esa clase de tipos que impresionan al principio. Luego se da una cuenta de qué clase de hombre es... una víbora. Fui a su oficina para suplicarle, para rogarle. Pero cuando llegué lo vi muerto. Ni siquiera pensé en buscar las cartas. Me asusté tanto que salí de allí corriendo...

Hubo un silencio, después que la mujer dijo aquello sin interrumpirse.

—¿Me cree, señor Morgan?

—No sé si creerla..., ¿quién me dice que no me está mintiendo? Quizá fue allí, discutió por las cartas, usted las quería, ya había pagado bastante por ellas. Fred se rió en su cara...

—¡No!

—Usted no pudo soportarlo más. Ya le había pagado todo el dinero que tenía ahorrado más el que le sacó a su marido. Fue a su oficina decidida a arrancarle las cartas o a matarlo.

—¡No es cierto!

—Quizá usted lo amenazó y entonces Fred lo que hizo fue reírse más... Usted odiaba a aquel hombre... lo odiaba con todas sus fuerzas... Sacó el cuchillo y se lo clavó en el corazón.

—¡Todo eso es una mentira...! ¡Yo no lo maté...!

—¿Por qué no confiesa, señora Jarman? Será mucho mejor para usted. Una persona debe ser responsable de sus actos... Después de todo, existen atenuantes... Nadie simpatiza con los chantajistas. La sociedad entera los desprecia. No se preocupe, con un buen abogado quedará libre. Bastará con que diga que Fred intentó propasarse y usted no hizo más que defenderse.

La señora Jarman negó nerviosamente con la cabeza.

—Le he dicho la verdad, señor Morgan, cuando llegué allí, él ya

estaba muerto...

—Una pregunta, señora Jarman. ¿Su marido no sabía nada?

—Claro que no.

—¿Está segura?

—Ya le he dicho que ignoraba la clase de relación que hubo entre Fred y yo.

—Quizá eso es lo que usted supone, y su marido lo supo... Confesó antes que entregó durante los últimos meses unos miles de dólares a Fred por su chantaje.

—Yo tenía algún dinero ahorrado. Lo he ido sacando de mi cuenta. Bueno, también dispuse de algunos centenares de dólares que Spencer me entrega para mis gastos, pero todo lo hice con cautela, para que mi marido no sospechase nada.

—Me gustaría saber si lo consiguió.

—¿Qué es lo que piensa?

—¿No lo adivina, señora Jarman?

—Ya sé, cree que mi marido ha podido matarlo.

—¿Por qué no...? Tendré que preguntárselo a él.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído... Iré a su club.

Ken fue a marcharse, pero Elizabeth le cortó el camino.

—No haga eso, señor Morgan.

—Es necesario que lo haga.

—¿Por qué tiene tanto interés en descubrir el asesinato de Fred Hale? Es asunto de la policía.

—No quiero que culpen a una persona inocente.

—¿A qué persona se refiere? Pero no hace falta que me lo diga. Es su nueva secretaria, Judy Wilson.

—Sí, señora Jarman. Fue ella quien descubrió el cadáver de Fred Hale. Esta noche salió con él, cenaron juntos, aunque luego se separaron.

—¿Y por qué no pudo matarlo ella?

—Por una simple razón. Judy Wilson estaba conmigo cuando mataron a Fred Hale en su oficina.

—No quiero que hable con mi marido de eso.

—No se preocupe, no le mencionaré el chantaje, ni las cartas, ni lo que hubo entre Fred y usted... Quizá la vuelva a ver, señora Jarman.

—No, señor Morgan, no vuelva por aquí.

—Espero que no sea necesario.

Ken salió de la casa y se encaminó otra vez al fondo de la calle, donde se ubicaba La Pantera Negra.

De pronto, por una esquina apareció un hombre que le interrumpió el paso. Era muy alto y fornido.

—¿Cuál es su nombre, amigo? —le preguntó el desconocido.

—¿Por qué he de decírselo?

—En este pueblo no nos gustan los forasteros.

—En ningún pueblo gustan los forasteros.

—¿Por qué molestó a la señora Jarman?

—¿Quién le dijo que la molesté?

—Se cree muy listo, ¿eh?

—Ni más ni menos que un ciudadano cualquiera.

—No conteste a mis preguntas con otras preguntas.

—En primer lugar, dígame por qué me interroga.

—Podía decirle que soy de la policía.

—Pero usted no lo es.

—¿Cómo lo sabe?

—Vi a muchos policías en mi vida y usted no tiene el aspecto de ellos.

Oyó pasos a su espalda y volvió la cabeza. Otro hombre estaba llegando. Era tan alto y fornido como el primero.

Fue a apartarse de la esquina, pero el primer hombre que había aparecido lo atrapó por un brazo y tiró de él con mucha violencia hacia el callejón.

Ken se tambaleó, pero logró mantener el equilibrio. Los dos hombres ya estaban encima de él.

Un puño golpeó contra su hombro y se fue al suelo.

Soltó un juramento y empezó a levantarse. En eso, uno de los tipos le pegó en la ingle. Se sintió invadido por el dolor y sus ojos se pusieron a lagrimear.

—Puercos —dijo.

Un puño se incrustó en su pecho. Creyó que le saltaban las costillas.

¿Hasta cuándo hay que pegarle, Bob?

—Hemos de darle un buen escarmiento.

Ken levantó una pierna con todas sus fuerzas y logró alcanzar a

uno de los tipos, que cayó al suelo retorciéndose.

Pero el otro tipo volvió a golpearle en la sien.

Creyó que perdía el conocimiento.

El que estaba en tierra se levantó escupiendo espantosos juramentos.

—Déjame, Bob, lo voy a triturar.

—Cuidado, no lo puedes matar.

—¿Quién ha dicho que no?

—Nosotros sólo tenemos que darle una buena paliza para que aprenda a estarse quietecito.

Ken trató de levantarse, pero sólo pudo ponerse de rodillas y en esa posición fue alcanzado por uno de sus adversarios.

Rodó por tierra manchándose de barro y esta vez quedó despatarrado, sin poder moverse. Se estaba ahogando.

—Aún no le eché los dientes abajo —dijo uno de los matones.

—Déjalo ya.

—Si apenas le hicimos un par de caricias.

—Seguro que él se acordará de ellas el resto de su vida.

Uno de los hombres se acercó a Ken. Morgan vio su cara abotargada a la luz de la luna.

Era de nariz chata y cejas muy espesas.

—Morgan —dijo—. Te voy a dar un consejo.

—Cerdo —dijo Ken.

—Pareces un tipo con mucho coraje, pero éste no es tu sitio... Cuando puedas levantarte vuelve a tu camión, a la carretera, que es lo tuyo... ¿Lo has entendido?

Ken no pudo contestar porque sentía una gran náusea.

El otro hombre que quería castigar a Morgan, habló en voz baja con su compañero, pero al fin se marcharon. Ken, oyó perderse sus pasos al fondo del callejón.

Apoyó la palma de una mano en el suelo y cambió de posición, quedando boca abajo. Sintió de nuevo náuseas y vació el estómago.

Transcurrieron otros largos cinco minutos antes de que pudiese moverse y, para no caer de nuevo, buscó el apoyo de la pared.

Había peleado otras veces con dos hombres a un tiempo y no lo habían podido vencer, pero aquellos tipos lo habían tratado como a un muñeco.

Echó a andar por la calle.

Un viejo lo paró por el camino.

—¿Le pasa algo, amigo?

—No, gracias.

—Seguro que bebió demasiado.

—Eso fue, amigo, ¿y sabe una cosa? Voy a continuar festejándolo.

Siguió caminando hacia el club nocturno.

De pronto vio acercarse a Judy.

—Ken, ¿qué te ha pasado?

Morgan se apoyó en ella y eso fue muy bueno para él.

—Un par de tipos me dieron una paliza.

—¿Por qué?

—A alguien no le gusta que yo siga investigando.

—Todo fue por mi culpa, Ken.

—No te preocupes, ya conté con eso.

—En vista de que tardabas tanto, no pude esperar más en el club y vine a tu encuentro.

—¿Está allí Jarman?

—Sí.

—Tengo que hablar con él.

—No te dejaré.

—Estuve charlando con su mujer. Elizabeth Jarman admitió que fue a la oficina de Fred, pero cuando llegó allí, tu jefe estaba muerto. Hale le hacía chantaje por medio de unas cartas.

—Ken, todo está resultando un fracaso, y he pensado que lo mejor es que me presente a la policía y les cuente la verdad... No me harán nada, seguro... Yo no tenía ningún motivo para matar a mi jefe... Quiero decir con eso que puedes volver a tu camión y marchar a Salt Lake City.

—No voy a hacer tal cosa.

—¿Por qué no?

—Ni tú misma piensas que la policía te va a dejar en paz. No dudarán que eres la asesina. Ahora estoy seguro de ello... Hay demasiadas mujeres mezcladas en esto. Entre la cantante del cabello rubio, la mujer de Jarman y tú, estoy seguro de que te elegirán a ti como víctima.

—Me defenderé.

—No te servirá de nada.

—Pero ya ves lo que te pasó, Ken te pegaron.

—Es una razón de peso para que me quede... Se lo voy a hacer pagar a esos tipos. Lo juro.

—No, Ken, tienes que olvidarlo.

—Esos fulanos me utilizaron como un saco de entrenamiento y yo nunca he consentido eso... No, Judy, no podrás conseguir que abandone esto ahora. Además, ¿quién tiene interés en que yo deje la investigación?

—No lo sé.

—Yo sí lo sabré enseguida. En cuanto haya hablado con Jarman.

—Si te empeñas en ir, yo lo haré contigo.

—Te ordeno que te quedes. Espérame en ese bar. Volveré enseguida.

—Te he dicho que no.

—Tú no me conoces a mí. Volveré.

Ya se había recuperado completamente y echó a andar, aunque no lo hizo con mucha rapidez.

El portero de La Pantera Negra se le puso delante.

—¿Adónde va?

Ahí dentro.

No puede entrar.

—¿Por qué no?

—Está reservado el derecho de admisión.

—Qué extraño. Antes yo era un muchacho que podía entrar aquí libremente —así diciendo, Ken le atrapó un pellizco del hígado y se lo retorció.

El portero dio un aullido y se apartó a un lado.

Ken se introdujo en el local sin prestar más atención al cancerbero.

Spencer Jarman no estaba a la vista y por ello Morgan caminó hacia la puerta de su oficina.

Cruzó frente a la barra.

La rubia platino, Debra Shiller, estaba bebiendo en un taburete y dio un respingo al reconocer a Ken. Éste la obsequió con una sonrisa y un saludo y siguió andando hacia la oficina de Jarman.

CAPÍTULO VII

Ken abrió la puerta que tenía delante y se coló en la habitación.

Jarman estaba sentado frente a la televisión, en cuya pantalla estaban pasando un documental.

No había otra persona a la vista.

—Hola, Jarman.

El dueño del local volvió la cabeza.

—Ah, ¿es usted, Morgan?

—Vine a charlar por si se aburría.

—Para entretenerme, tengo el aparato de televisión. Me gustan los *westerns*.

—Ahora no pasan ninguno, señor Jarman.

—Sí, eso es cierto —se levantó y apagó el aparato. Miró el rostro de Ken y enarcó las cejas—. Parece que sostuvo una pelea.

—Sí.

—¿No habrá sido con ninguno de mis empleados? Di orden que dedicasen atención a su mesa.

—La pelea fue fuera del local. Dos tipos me introdujeron en un callejón y se hartaron de pegarme. Jarman hizo chascar la lengua.

—Ya le dije a nuestro capitán de policía que debía vigilar mejor el pueblo. Últimamente se metió alguna gentuza por aquí.

—Sí, es una pena que un pueblo como San Onofre se eche a perder por culpa de unos indecentes forasteros.

—Imagino que lo robaron y por eso viene, para que le haga un préstamo.

—No, señor Jarman, no me robaron. Sólo quisieron darme un escarmiento. Eso es lo que dijeron mientras estaban dedicados a la faena. Muy extraño. ¿No le parece?

—Seguramente tiene enemigos que lo siguieron hasta San

Onofre.

—¿Por qué no deja ya de decir tonterías, Spencer? —¿Qué dice, Morgan?

—Esos hombres los envió usted.

—No sé de qué me habla.

—Fueron dos. Había un tipo con cara de cerdo. ¿Cuándo les pagó por el trabajo?

—Es usted muy impulsivo, Morgan.

—Admito que lo soy.

—Eso no conduce a nada bueno.

—No está para dar consejos, sino para aceptarlos, Jarman.

—¿Usted cree? Ande, deme un consejo, si es gratuito, Morgan.

—Confíese la verdad con respecto a su socio Fred Hale.

Jarman se acercó a la mesa, abrió una caja y sacó un largo cigarro. Se llevó éste a la boca y lo despuntó de un mordisco.

—Sé que está muerto —dijo.

—Lo sabe porque usted lo mató.

No, señor Morgan.

Lo mandó hacer, que para el caso es lo mismo.

Le repito que se equivoca.

—¿Cómo sabe entonces que está muerto?

—Me informaron que usted estuvo hablando con Debra Shiller en su camerino. Después que usted saltó, me llegó a mí el turno de hablar con ella. Al principia quiso guardar el secreto, pero al fin me lo contó todo... No quise creerla... Fred Hale, muerto.

—Qué pena, ¿verdad? Usted lo habrá sentido mucho, Jarman... ¿Se va a poner a llorar?

—Está bien, Ken. Usted gana. No voy a derramar una sola lágrima. Y le diré el motivo.

Fred Hale era un tipo repugnante.

—¿Por qué le repugnaba, Jarman?

—No dejaba a una mujer quieta. Todas le parecían alcanzables... Le dije que dejase tranquilas a las artistas que yo contrataba, pero eso servía de muy poco.

—¿Por qué se asoció con él?

—Hace un par de años tuve una crisis y me hicieron falta diez mil dólares. Fred me los prestó, a condición de que le diese un tercio de los beneficios. Yo acepté, naturalmente, como habría

aceptado al mismo diablo, pero no porque fuese un tipo simpático.

Ken sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Usted y él no se llevaban bien.

—Fred no se metía en el negocio. Fue la condición que le impuse. Cumplía su parte, salvo cuando se dedicaba a hacer el amor a las muchachas que traía aquí para trabajar. —¿Cobraba Fred su tercio de beneficios?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque el negocio todavía no da beneficios. Hasta ahora estamos amortizando gastos. Cuando Fred me prestó los diez mil dólares, había una deuda de veinticinco mil. Una de las cláusulas estipulaba que hasta que no se enjugase el déficit de los veinticinco mil no se repartirían dividendos.

—Pero quizá en alguna ocasión él dudó de su honradez en la contabilidad, ¿verdad, Jarman?

—Se equivoca, siempre se mostró conforme. Mensualmente le presentaba la liquidación y él la aprobaba con su firma.

—Entonces, ¿por qué ordenó matarlo?

—No sea estúpido, yo no hice eso. Sé que usted busca un culpable. Lo quiere encontrar como se caza a un conejo. Necesita una pieza para que ocupe el lugar de la secretaria de Fred, Judy Wilson... Trata de librarla a ella.

—¿Tiene algo en contra?

—Le diré mi opinión, Ken. Ella lo mató. Ayer Fred me dijo que llevaría a Judy a cenar por ahí. Tendrían una escena de amor... Por lo visto a la chica no le gustó la forma en que él había preparado el espectáculo y en un momento determinado lo mató.

—No, Spencer, no pasó así. Yo los sorprendí peleando en la carretera, pero luego se separaron. Judy estaba conmigo cuando mataron a Fred en la oficina.

—Eso es lo que ella le ha dicho. Yo le diré cómo ocurrieron las cosas. Judy fue a la oficina, encontró allí a Fred y lo acuchilló. Luego buscó a un tipo ingenuo para que le sacase las castañas del fuego.

Gracias por el papel que me concede, señor Jarman.

No es culpa suya. Después de todo, la chica es mona.

—Ella me engatusó, ¿eh, Jarman?

—Yo le diré lo que es usted, Morgan. Un patán que se enamoró de esa muchacha cuando ella le hizo una caída de pestañas.

Ken sintió que las tripas se le anudaban.

—Le voy a romper la cara, Jarman.

—Quédese ahí quieto, Morgan.

Pero el joven continuó avanzando sobre el dueño del club.

Jarman se abalanzó sobre la mesa, indudablemente para tocar un botón, pero Ken no lo dejó.

Ahora se movió con mucha ligereza, atrapó a Jarman por el hombro y lo hizo girar.

Conectó la izquierda en la cara de Spencer.

El marido de la bella Elizabeth dio un grito y se derrumbó sobre un sillón.

Pero se levantó muy aprisa.

—Lo voy a hacer trizas, Morgan.

—¿Usted y cuántos más?

Jarman tiró la derecha, Ken se la anuló fácilmente y replicó con un terrible rechazazo porque estaba cansado de recibir.

Jarman voló por el aire y se derrumbó sin sentido.

En la estancia se hizo un silencio, sólo interrumpido por la respiración jadeante de Ken.

Dio vuelta a la mesa y abrió un cajón.

No encontró nada de particular. Facturas de muchas clases, calendarios, agendas...

Abrió otro cajón. Levantó un cofre que debía contener dinero. Debajo vio media docena de cartas atadas por un lazo azul. Desató el paquete y leyó la dirección. Era la de Fred Hale.

Empezó a leer:

«Amor mío, he pensado todo el día en ti y he contado los minutos que faltan para que llegue la hora en que de nuevo estemos juntos».

No quiso leer más, sólo miró la firma para comprobar que era la de Elizabeth.

Oyó un gemido, Spencer estaba volviendo en sí.

Se acercó a él esgrimiendo las cartas que había encontrado en el

cajón.

—Condenado embustero. De modo que fue Judy Wilson quien mató a Fred Hale.

Jarman se pasó una mano por la cara porque aún estaba aturdido.

Por fin, miró con ojos de odio a Morgan.

—¿Con qué derecho ha registrado mi mesa?

—¿Quién es el ingenuo ahora, Jarman?

—¡Deme eso, maldito!...

—Un poco de paciencia, señor Jarman, si no quiere que lo duerma otra vez.

Spencer se puso en pie.

—¡Hable, Morgan!

—Tenía un buen motivo para matar a su querido socio, y también lo tenía para considerarlo un tipo repugnante. ¿Desde cuándo sabía que él y su mujer tuvieron un romance?

Me enteré hace una semana.

¿Quién se lo dijo?

Nadie me lo dijo. Quiero decir que sólo tuve que preguntar en el Banco por la cuenta corriente de mi mujer. Estaba a cero... Me dieron una relación de las cantidades que había retirado durante los últimos meses. Ella no podía haber gastado todo aquel dinero, teniendo en cuenta el que yo le había entregado para sus gastos.

—Y pensó que estaba siendo chantajeada.

—Sí.

—De modo que usted, el gran hombre, no supo que Fred y su mujer...

—¿Cree que lo hicieron ante mis narices? De haber sospechado les habría cortado a tajadas...

—Claro, y por eso ahora le traspasó el corazón.

—No.

—Acaba de decir que lo habría matado.

—Ya había terminado todo entre él y mi mujer.

—Pero usted tenía que llevar a cabo su venganza, aunque hubiesen pasado tres siglos. Usted es de la clase de hombres que piensan así. Por eso fue allí esta noche, a la oficina de Fred Hale, para apoderarse de esas cartas y para matarlo.

—Sufre un error... Las cartas las tenía ya y por eso no tuve que

ir.

—No puedo creerlo, Jarman... Usted se apoderó de esas cartas hoy, se las quitó a Fred esta noche.

—Las conseguí ayer.

—¿De qué forma?

—Me las dio el propio Hale.

—Lo dice como un chiste, ¿verdad? Pero ya ve, no me río.

—No crea que me las cedió gratis. El maldito me las hizo pagar bien.

—¿Cuánto?

—Mil dólares.

—¿Cómo voy a creer que le hiciera eso si usted era su socio, y sobre todo, el marido de la mujer que le había dirigido las cartas?

—Era un tipo calculador, un gran sicólogo. A mi mujer no le podía sacar ya más dinero y entonces pensó en un recambio... Yo ocuparía el lugar de Elizabeth. Sabía que yo estaba enamorado de mi mujer y que ella, en realidad, sólo me había querido a mí. Lo que hubo entre ellos sólo fue una aventura... Fred llegó a la conclusión de que yo no podía destruir mi felicidad ni la de Elizabeth... Yo pagaría por las cartas, pero nunca le diría a ella que conocía su secreto.

—Todo eso me parece absurdo.

—Sin embargo, es la verdad.

—Suponiendo que lo fuese; usted fue ayer a la oficina de Fred Hale.

—Sí.

—¿Quién estaba con él?

—Nadie.

—¿Qué es lo que pasó?

—Me explicó su aventura con mi mujer y las cartas que ella le había dirigido... Fue entonces cuando me pidió los mil dólares.

—¿No intentó matarlo?

—Claro que lo hice, pero él estaba preparado. Sacó una pistola y me amenazó. Tuve que serenarme. Le dije que no tenía allí los mil dólares. Entonces él sugirió que viniese aquí a por ellos y que hiciese el canje. Así lo hice...

—De modo que todo volvió a quedar como una seda. Ustedes eran socios de un negocio en común.

—Me falta agregar algo, señor. —Morgan.

—¿Qué cosa?

—Le dije a Fred que debía marcharse o le ocurriría algo en San Onofre... Le di un plazo de cuarenta y ocho horas y le dije que cuando llegase a cualquier ciudad me enviase su dirección para liquidarle su terció en el club. Eso fue todo. Luego me marché.

—¿Cuándo lo volvió a ver?

—Fred y yo no nos hemos encontrado hoy en ninguna parte.

—Todo eso que me está contando es un verdadero rompecabezas.

—Le he dicho la verdad.

—¿Por qué entonces me envió sus matones? Y no me diga que Bob y Cara de Cerdo no están a sus órdenes.

—De acuerdo, Morgan, son dos empleados míos... Sólo quise evitar que siguiese adelante.

—¿Por qué?

—Tal como están las cosas, sé que pueden culpar a mi mujer de la muerte de Fred y ella no lo hizo... También podían achacármelo a mí y tampoco lo hice.

—¿Quién lo mató, pues, señor Jarman?

—Tal vez Judy Wilson.

—Ya le dije antes que no fue ella.

—¿Debra Shiller?

—No, tampoco apuesto por Debra.

Jarman se acercó a la mesa y escancié agua en un vaso. Después de beber un trago, rezongó:

—Quiero esas cartas.

—No se preocupe, se las devolveré cuando no me hagan falta.

Spencer convirtió los ojos en dos rendijas.

—¿Es que va a hacer uso de ellas?

—Todavía no lo sé.

—No tiene derecho a llevárselas y no lo hará.

—Parece olvidar que, con estas cartas, usted o su mujer son los candidatos más seguros para ocupar la vacante de asesino de Fred.

—Oiga, Morgan, le haré una oferta.

—¿Dinero?

—Sí. Estoy dispuesto a pagarle mil dólares para que nos deje en paz, y no crea que le pago porque mi mujer o yo seamos los

asesinos... Ya se lo dije, estamos completamente limpios... Sólo le pago para que se esté quieto de una vez por todas.

—Puede ahorrarse su dinero. No lo quiero.

De modo que va a seguir investigando.

Sí, Jarman. Llegaré hasta el fin. —Ken guardó las cartas en el bolsillo—. Puede estar seguro de que no leeré estas cartas y se las devolveré si es verdad que usted y Elizabeth están libres de culpa... Y otra advertencia, Jarman, no vuelva a mandarme sus matones.

No lo haga o será a usted a quien se lo haga pagar.

Ken abandonó el club nocturno La Pantera Negra.

Poco después entraba en el bar donde lo esperaba Judy.

Ella estaba en una mesa cercana a la puerta.

—Ken, ¿cómo te fue?

Morgan se sentó a su lado y ordenó al mozo que le llevase un *whisky*.

Cuando hubo bebido un trago, contó a Judy el resultado de su segunda visita a La Pantera Negra.

Después de escucharlo, Judy dijo:

—Es increíble. Cualquiera podría ser el asesino y todos aseguran ser inocentes. ¿Cuál es tu opinión, Ken?

—Quizá yo no sirva para esto, pero tengo la impresión de que todos han dicho la verdad.

—Pero alguien ha tenido que matar necesariamente, Ken.

—¿Cuál de ellos, Judy?

—Yo tampoco lo sé.

—Volveremos a la oficina de Fred Hale. —¿Por qué, Ken?

—Quizá hayamos pasado algo por alto.

Morgan pagó el importe de la consumición y salieron del bar.

Subieron en el ascensor a la planta donde se ubicaba la oficina de Hale.

El corredor estaba silencioso.

Pasaron por la habitación donde trabajaba Judy y entraron en la de Fred.

El cadáver estaba boca arriba.

—¡Ken! —exclamó Judy—. Mira la boca de Fred Hale. La tiene manchada de lápiz labial... ¡Lo han besado después que nos fuimos!

CAPÍTULO VIII

—Es cierto —dijo Ken—. Lo han besado.

—¿Cuál de ellas estuvo aquí?

Morgan se quedó pensativo y Judy dijo:

—Debió ser la rubia platino, Ken. Estuvo mucho rato sin dejarse ver en el club. Pudo salir de su camerino como lo hizo esta tarde, utilizando la puerta trasera...

—Conocí a Debra Shiller y me parece incapaz de eso... Jamás habría venido aquí para besar a Fred.

—¿La señora Jarman?...

—Estaba demasiado asustada.

Judy miró fijamente a los ojos de Ken.

—Sólo quedo yo. Tú me dejaste en el bar, y no salí de allí. Pero comprendo que dudes de mí.

—No, no dude de ti. Regresé a San Onofre contigo porque estaba seguro de que eras inocente, y lo sigo creyendo.

—Entonces tendrá que haber matado a Fred una mujer que nosotros no conocemos.

¿Es eso lo que intentas decir, Ken?

—Quizá la conozcamos. —Ken echó a andar hacia la salida.

—¿Adónde vas?

—Quiero hablar con Margaret Ney.

—Ya se habrá ido.

—Y yo apuesto a que está en su oficina.

Los dos cruzaron el corredor y llegaron ante una puerta.

—Es aquí —dijo Judy.

En la puerta se leía el nombre de la sociedad distribuidora de libros donde Margaret estaba empleada.

Ken Morgan entró sin llamar. Ésta estaba de espaldas, ante una

estantería que cubría la pared, manejando libros.

Al oír el ruido de la puerta, volvió la cabeza.

—Ah, son ustedes. ¿Puedo ayudarles en algo?

Ken miró la boca de Margaret Ney. Estaba pintada. Sus ojos conservaban huellas, como si hubiese llorado recientemente.

—¿Qué le pasa, Margaret? —preguntó Judy.

—¿A mí? Nada...

—Hace unos momentos oímos llorar y pensé que era usted... No hay nadie más en la planta.

—Oh, sí —contestó Margaret— Fui yo. Se trata de mi tía Nora. Se encuentra peor. Es muy buena. Ya sabe, vivo con ella hace muchos años. Le tomé un gran cariño. Los médicos me han dicho que debo acostumbrarme a la idea de que la perderé en cualquier momento.

—Comprendo —dijo Judy.

Miró a Ken indicándole que ella había agotado su turno.

El camionero carraspeó.

—Margaret, ¿qué opina de Fred Hale?

—¿Cómo?

—Fred Hale, el jefe de Judy.

—No he tenido mucha relación con él.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando usted aquí, Margaret?

—Cinco años.

—¿Y cuándo instaló Fred Hale su oficina en la misma planta?

—Hace un par de años.

—Lo cual quiere decir que estuvieron juntos durante veinticuatro meses.

—Juntos, no, señor Morgan. Nuestros negocios son distintos y están separados.

—Debieron coincidir muchas veces en el ascensor.

—Sí, es natural, nos vimos alguna vez.

—Y también hablaría con él.

—Nada más que lo imprescindible.

—¿Nunca salió con él, Margaret? Ya sabe, me refiero a que quizá Fred alguna vez la invitó.

Margaret Ney respiró profundamente.

—No, jamás salí con él.

—Quizá no hiciese falta que saliese.

—¿Qué quiere decir?

—Que pudieron verse muchas veces aquí.

—No le comprendo, señor Morgan.

—El edificio a estas horas está solitario. Fred vino esta noche a su oficina sin ninguna compañía... Usted también se llegó a esta oficina.

—Tenía trabajo atrasado.

—Oh, sí, lo imagino, pero el caso es que los dos estuvieron solos, cada uno en su oficina, y si ocurrió esta noche pudo suceder otras muchas veces. ¿Para qué necesitaba que él la invitara si podían estar aquí juntos, aislados, sin que nadie les molestase?

—Está diciendo cosas horribles, señor Morgan.

—Pero son verdad.

—No.

—Usted se enamoró de Fred Hale. Era un hombre muy atractivo para todas las mujeres... —Cállese...

—Se vieron a solas aquí. Quizá, al principio, él no pensó en enamorarla. Era un hombre muy ocupado en sus relaciones femeninas. Tal vez, usted se sintió ofendida, un poco humillada porque él no le prestase atención. Eso quiere decir que usted empezó a interesarse en él. Confiéselo, le gustaba, era un hombre simpático, atractivo. Usted no había conocido nunca otro como él ni tuvo oportunidad de que un muchacho como Fred Hale le dedicase su tiempo. Sin embargo, éste le dedicaba un rato cada noche que venía por aquí. Seguro que a partir de entonces, usted encontraría una excusa para regresar a esta oficina durante las noches. Trabajo atrasado, ¿verdad?

—Sí, es cierto.

—Gracias por confesarlo.

—Nos veíamos a menudo, de noche. Lo encontraba simpático y yo también era para él una mujer distinta de las demás. Fred era un ignorante y a él le agradaba hacerme preguntas acerca de todo. Pero a veces teníamos que interrumpir nuestra conversación porque él tenía que marcharse con alguna mujer. Y yo empecé a odiar a aquellas mujeres, a todas ellas, porque lo apartaban de mí.

—Pero entre ustedes surgió algo más.

—Sí. Una noche llegó borracho hasta esta oficina. Yo lo había estado esperando. Me abrazó, me besó. Una voz interior me decía que debía rechazarlo, pero yo nunca había sabido lo que era el

amor. —Margaret apretó los puños sobre una de las estanterías—. Fue así como empezó todo. Al día siguiente procuré encontrarme con él, pero me habló como si nada hubiese ocurrido la noche antes de que él apareciese. Otra vez empezamos lo mismo que antes. El me hacía preguntas y yo le contestaba. Y luego, cuando sonaba el teléfono, él se marchaba y me dejaba aquí sola. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no volverme loca. Me tenía como a una pieza de recambio. A veces entraba aquí furioso porque le había fallado su amiga de turno, y entonces yo ocupaba el puesto vacante. Después me sentía la más ruin de las mujeres, pero bastaba con que lo viese otra vez para que olvidase por unos minutos el infierno en que yo misma me había sumergido. Al fin, la semana pasada, una noche, me atreví a proponérselo. Le dije que tenía algún dinero ahorrado, que podíamos casarnos y marcharnos de aquí. Se rió de mí, se rió hasta que se le saltaron las lágrimas. Dijo que si me había mirado bien en el espejo, que él siempre había tenido a su lado a las mujeres más hermosas y que no iba a condenarse de por vida a tener una como yo. Me aparté de su lado sintiendo que todo en mi interior se desmoronaba. Fue entonces cuando pensé que debía matarlo, pero enseguida lo deseché. No podía matar al único hombre que yo había amado.

Margaret apoyó la cabeza en la pared.

Judy y Ken se miraron. Ya no necesitaban hacer ninguna pregunta, porque Margaret estaba contestando el cuestionario.

—Esta noche le oí llegar. Fui a su oficina. Yo llevaba un cuchillo en la mano. Había estado abriendo un paquete de libros. Juro que no me di cuenta de que lo llevaba. Fue una casualidad. Entré en su despacho y él me saludó con un insulto. Me dijo: «Esta noche no te necesito, Margaret. Puedes volver a tu buhardilla». Me quedé helada. En ese momento supe lo ínfima que era para él. Me había quedado inmóvil, sin contestar y entonces Fred se levantó y me dijo: «Lárgate, esta noche estás la última en la lista. Ya me falló una, pero tendrán que fallarme otras antes de que te llegue el turno». Se acercó y me tomó del brazo para empujarme. Yo no veía nada, tenía la impresión de que me había quedado ciega. Era la ira que me nublaba el cerebro.

Guardó otro silencio y se llevó el puño a la boca mordiéndolo con fuerza.

—Entonces me revolví y le pegué con la mano en que sostenía el cuchillo. Bastó un solo golpe. Vi cómo sus ojos se desorbitaban. Se tambaleó y trató de agarrarse a la mesa. Luego cayó de bruces. No sé cuánto tiempo estuve mirándolo, quizá sólo fuesen unos segundos. A mí me pareció una eternidad. Lo había matado. Había matado a Fred, pero yo no merecía pagar por aquella muerte. Recordé lo que él me dijo. Debía estar esperando a una mujer. Una de las que él prefería. Limpié mis huellas en el cuchillo y lo arrojé al suelo.

Margaret se puso a sollozar.

Judy acudió a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—Margaret, comprendo tus sentimientos...

Ken Morgan se dirigió al teléfono.

—Margaret, voy a llamar a la policía.

—Sí, llámelos. Confesaré. Sé que solamente recuperaré de nuevo la serenidad cuando todo haya terminado. Volví allí a verlo. Necesitaba estar con él.

—Y también necesitaba besarlo —dijo Ken—. Dejó su huella en la boca del muerto.

CAPÍTULO IX

—¿Qué hora es? —preguntó Toni Romano.

—Las doce menos veinte, querido.

Le había contestado una pelirroja.

Toni había decidido que ella sería su próxima mujer, pero tendría que divorciarse primero de Marilyn.

Sabía que eso no sería fácil. Marilyn se opondría por todos los medios a que él la dejase. La muy estúpida se había tomado en serio aquello de que la amaría toda la vida.

La pelirroja interrumpió sus pensamientos.

—Toni, es la tercera vez que me preguntas la hora.

—Sí, Jeane.

Se acercó a la joven, la cual estaba peinándose ante el tocador.

Admiró la belleza de su rostro, su cuello que parecía el de una gacela. Agachóse y la besó en el hombro desnudo.

—Querida, un hombre tan ocupado como yo, ha de vivir pendiente del reloj.

Ella se volvió ligeramente y lo tomó por una oreja. De esa forma sus bocas quedaron unidas por la comisura.

—Toni —dijo la pelirroja—. ¿Cuándo se lo vas a decir a ella?

—Un día de éstos.

—No puedo esperar más. ¿Por qué no lo has de hacer esta noche?

—Es demasiado prematuro.

—Toni, ¿te estás burlando de mí?

—No, desde luego.

—Hace un mes que dijiste que lo resolverías en pocos días, que despacharías a Marilyn, que te era insoportable vivir con ella. Pero han pasado cuatro semanas y todo sigue igual.

—Ten un poco de paciencia. Ciertas cosas no se pueden hacer precipitadamente. Son doce años de matrimonio, recuérdalo... Marilyn y yo siempre hemos estado muy unidos. No me puedo desprender de ella con la misma facilidad del que se quita uno una corbata. —Toni, no me quieres.

—Claro que te quiero.

—Si fuese verdad, ya habrías mandado a paseo a tu mujer.

—La enviaré, no te preocupes, nena —la besó en los rojos labios. Jeane se desprendió en la silla como una gata, pasó sus dedos por la nuca de Toni Romano.

—Querido, ¿por qué no va a ser esta noche?

Toni se echó a reír.

—Sería curioso. Esta noche, ¿y por qué no?... Tendría lugar un doble acontecimiento...

Prescindiría de Marilyn y de otra persona.

—¿A qué otra persona te refieres?

—No tiene importancia, querida. Se trata de un negocio y a ti no te gusta saber nada de ellos.

—Tienes razón, sólo me importa uno. El que se refiere a tu mujer —le echó los brazos al cuello—. Toni, ¿por qué no ha de ser esta noche?... Anda, hazlo por mí. Después de todo, no puede ser tan difícil... Así acabarás de una vez con la pesadilla...

—Cenaremos primero y luego decidiré... No estaría mal eso, no señor.

Judy y Ken salieron de la comisaría de policía. Spencer Jarman se adelantó hacia ellos.

—¿No tiene algo que darme, Ken?

—Sí, desde luego. —Morgan sacó del bolsillo las cartas que Elizabeth Jarman había escrito a Fred Hale—. Un consejo, Spencer. Quémelas.

—Lo haré ahora mismo, en cuanto llegue a mi oficina. Gracias por todo lo que hizo.

—No lo hice por usted.

—Sí, ya supongo —dijo Jarman, mirando a Judy—. Buena suerte a los dos.

Jarman se alejó hacia su club nocturno.

—¿Qué harán con Marga, Ken? —preguntó Judy.

—El capitán de policía tiene ahora una buena información

acerca de Fred Hale, de lo que era y de lo que hizo. Margareth saldrá bien librada. Fred pertenecía a esa clase de individuos que, tarde o temprano acaban mal.

—¿Qué vas a hacer ahora, Ken?

—Marcharme ya he perdido demasiado tiempo en este pueblo.

—Ven a mi casa. Allí te bañarás y comerás algo. No puedes irte así.

Ken titubeó unos instantes y por fin dijo:

—Está bien, me concederé un rato de descanso. Creo que me lo gané.

Poco después, los dos jóvenes entraban en el apartamento de Judy.

Ella fue a la cocina y él se metió en el cuarto de baño, donde tomó una ducha.

Cuando salió, otra vez vestido, olió el café recién hecho.

Entró en la cocina y vio que Judy había preparado unos bocadillos.

—También a mí se me ha abierto el apetito, Ken.

Los dos comieron, bebieron café y finalmente encendieron cigarrillos.

—Ken, quiero ir contigo.

—¿Adónde?

—Adonde sea. No puedo quedarme aquí. La atmósfera de este pueblo se me ha hecho irrespirable. No te exigiré que me llesves hasta Salt Lake City. Cualquier ciudad será buena para mí.

Ken la miró y no le contestó al pronto.

—Está bien, te llevaré.

—Gracias.

—Puedes quedarte donde tú digas y eso incluye también a Salt Lake City.

—Sí, Ken.

—Pero sólo tienes quince minutos para preparar tu equipaje. No puedo demorarme más.

—No te preocupes. Estaré lista enseguida.

Ken consultó su reloj.

—Infiernos, ya son las dos de la mañana.

Judy invirtió algo más de los quince minutos en hacer el equipaje, pero finalmente lo tuvo listo y abandonaron el

apartamento.

Morgan había dejado el camión en la estación de servicio.

Subieron a la cabina y eh seguida éste inició la marcha.

—Faltan cinco minutos para las dos y media —dijo Judy—. Ésta ha sido la noche más larga de mi vida.

—También lo ha sido para mí —dijo Ken.

Toni Romano entró en el dormitorio de su mujer.

La luz se encendió de pronto. Fue ella la que había dado la vuelta al conmutador.

—¿Por qué llegas tan tarde, Toni?

—Tuve que ventilar un negocio.

—Son las tres menos cuarto. Hace mucho tiempo que no venías tan tarde.

—¡Soy un hombre muy ocupado!

—No hace falta que levantes la voz. Te oigo perfectamente.

Toni se había detenido mirando el reloj fosforescente. Sólo faltaban quince minutos para que explotase la bomba que sus muchachos habían colocado en el camión de Ken Morgan.

Sonrió.

—¿Cuál es el chiste, Tom? —preguntó Marilyn, su mujer.

—Un amigo prometió enviarme un mensaje a las tres de la mañana. Ya falta poco.

Toni pasó al cuarto de baño y salió cubriéndose con el pijama.

Le había prometido a la pelirroja Jeane que aquella noche, en cuanto llegase a casa, hablaría con Marilyn. Le plantearía el divorcio, eso es lo que tenía que hacer.

Encendió un cigarrillo y se puso a pasear.

Marilyn, que se había tendido otra vez en la cama, lo miró con curiosidad.

—¿Tienes algún problema, Toni?

—Sí, y muy grande.

—¿A quién se refiere?

—A ti.

—¿A mí? ¿Qué quieres decir?

Toni la miró. Marilyn continuaba siendo una mujer bonita pero algo pasada de años.

—No te quiero, Marilyn.

—Eso ya lo sé. No me comunicas ningún secreto.

—Es absurdo que continúen viviendo juntos dos seres que no se aman.

—No hables por mí, Toni. He comprendido que tú no me quieres a mí, pero no admitiré que yo haya dejado de amarte.

—¿Por qué no somos sinceros? Yo lo soy.

—Yo también, Toni, te quiero.

Éste dio un manotazo en el aire.

—Sólo quieres que continúe a tu lado porque me he convertido en un hombre importante.

—No, Toni, no es por eso.

—Claro que lo es. Después de todo, os ocurre a todas las mujeres. Queréis continuar al lado del triunfador. Y para conseguir eso tenéis buenos argumentos, nos recordáis constantemente que estuvisteis a nuestro lado en la hora mala y que es justo que participéis de nuestra victoria.

—Toni, estás cansado. Acuéstate.

—Oh, sí, debo acostarme y dormir. También ésa es una buena arma. Mañana, con el nuevo día tendré la cabeza despejada y podré decir otras cosas a mi linda mujercita.

—¿Adónde quieres ir a parar, Toni?

—Te lo diré de una vez sin titubeos, Marilyn... Quiero divorciarme de ti.

Ella se incorporó poco a poco, hasta quedar sentada en la cama.

—¡Vamos, di algo! —gritó Toni.

—¿Qué tengo que decir?

—Protesta, chilla, grita...

—¿Serviría eso de algo?

—Claro que no, no serviría de nada.

—Entonces será mejor que siga callada.

—No me gusta eso, preferiría que te pusieses a llorar. Eso me tranquilizaría.

—Quizá te sorprenda, pero sabía que un día u otro esto tendría que ocurrir. Has ido cambiando poco a poco. Antes tenías por costumbre volver a casa para explicarme tus negocios, las cosas que habías hecho. Pero desde hace un par de años dejaste de hacerlo. Al principio, no quise darle importancia, pero luego me di cuenta de que tenía un gran significado.

—Oye, te equivocas si crees que Jeane y yo hemos sostenido

relaciones desde hace dos años. La conocí hace seis meses.

—Jeane, ¿eh? No me gustó la primera vez que la vi, cuando la trajo Berte Everett a nuestra fiesta. Bastó con que cruzásemos una mirada para que yo supiese la mujer que es ella.

—Eh, Marilyn, no vayas a echarla por tierra.

—Oh, no, querido, no voy a hacer eso porque ella va a ser tu próxima esposa... —No tienes que preocuparte por ti, Marilyn. Tendrás más dinero del que puedas necesitar. Soy un hombre que sabe hacerse cargo de las cosas. Estuviste conmigo en mis comienzos y es justo que tengas tu premio.

—No me hables así. Tengo la impresión que me estás tratando como a una mujerzuela con la que pasaste el rato y ahora necesitas pagarle los servicios prestados.

—Sólo he tratado de hacerte comprender que no te dejaré abandonada.

—Qué generoso.

—Por favor, ironías no.

—Sal de aquí, Toni. Vete a dormir al otro cuarto.

—Está bien, me iré si tú quieres, pero no pienses que me voy a volver atrás. He dicho que está decidido. Me divorciaré de ti.

Toni salió de la habitación, dejando a solas a su mujer.

Se echó a reír cuando entraba en el dormitorio de al lado. Era estúpido que hubiese tenido miedo de informar a Marilyn su deseo de divorciarse. Había sido muy fácil. Estaba en su gran noche. Todo le salía bien. Podía considerarse ya como un hombre libre. Eso quería decir que podría casarse con Jeane.

Miró su reloj pulsera.

Faltaban diez minutos para las tres.

La hora en que aquel gallito de Ken Morgan saltaría por los aires con su camión.

CAPÍTULO X

—¿Por qué no intentas dormir? —preguntó Ken.

—Me desvelé —sonrió Judy— y creo que hubo motivo para ello.

—Sí, Judy.

De pronto él vio a un hombre en la carretera que le estaba haciendo señales con los brazos.

—No puedo darle auxilio —dijo Ken—. Ya lo hará otro.

—Quizá sea algo urgente.

—Oye, muchacha, para llevar un camión uno tiene que dejarse en casa un montón de sentimientos.

Ya habían pasado de largo.

—Supón que se trata de un hombre que tiene a su hijo grave —dijo Judy.

Ken frenó el camión.

—Si hubiese sabido que iba a meter en mi camión la voz de la conciencia, te hubiese dejado en ese condenado pueblo.

Morgan saltó de la cabina dando un portazo del malhumor.

Fue hacia el hombre, el cual había corrido también a su encuentro.

—Perdone que le moleste —dijo el desconocido—. Se trata de mi auto. De pronto dejó de funcionar el motor, lo saqué de la carretera para que no interrumpiese el tránsito. Para colmo de desgracia me dejé el cajón con las herramientas en casa. No tengo ni linterna.

Morgan se volvió hacia Judy.

—¡Eh, Judy, trae esa linterna que hay en la guantera!

La muchacha saltó de la cabina y echó a correr con la linterna en la mano.

El desconocido se quitó el sombrero.

—Buenas noches, señorita. Son ustedes muy amables. Mi nombre es Stuart Cook.

—Soy Judy Wilson.

—Oigan —intervino Ken—. ¿Por qué no deja las presentaciones para después del baile? Veamos su coche, señor Cook.

Tuvieron que retroceder y alejarse del camión.

Ken iluminó con la linterna el auto de Stuart Cook.

—Sostenga la linterna, amigo. Veré lo que puedo hacer por usted.

En aquel momento sobrevino una explosión.

Judy lanzó un histérico chillido.

Ken volvió la cabeza hacia su camión y vio los restos de él pasto de las llamas.

Stuart Cook estaba asombrado, los ojos y la boca muy abiertos, apoyado en un guardabarros de su auto.

—¿Qué ha sido eso?

Judy se levantó poco a poco y quedóse mirando asombrada lo que restaba del camión.

Ken apretó los maxilares.

—Le pusieron una bomba.

—¿Quién?

—Conozco a la persona que lo hizo.

—¡Cielos! —dijo Cook—. Los dos podrían estar muertos ahora.

—Sí, señor Cook. Judy y yo estaríamos muertos si usted no hubiese pedido nuestra ayuda.

Judy puso una mano en el brazo de Ken y lo apretó.

A lo lejos se oyó una sirena policíaca.

—Judy —dijo Ken—. Tú no sabes nada del asunto. —Pero tú me acabas de decir...

—No tengo pruebas y no serviría de nada, ¿lo entiendes? La policía necesita pruebas y yo no les puedo dar ninguna. Tienes que callarte. —Sí, Ken, lo que tú quieras.

Stuart Cook los había dejado en una citación de servicio y luego él continuó su camino.

Ken y Judy estaban en una mesa.

Eran las seis de la mañana.

Morgan había dicho muy poco a la policía. No sabía nada acerca de la explosión e incendio de su camión. Ellos habían dicho que

investigarían.

—¿Tienes asegurado el camión? —preguntó Judy.

—Sólo un tercio. Quería ahorrar gastos hasta haberlo pagado por completo.

—¿Qué harás ahora?

—Ajustar las cuentas a un hijo de perra.

—No, Ken.

—Lo haré aunque sea lo último que realice.

—¿Quién es?

—Toni Romano.

—He oído hablar de gente como él. Son poderosos, tienen mucho dinero y mandan sobre tipos sin conciencia.

—Sí, Judy. Toni Romano es uno de éstos.

—Debe haber otra solución.

—No la hay.

—Yo pienso en una. Quizá no se te haya ocurrido a ti.

—¿Cuál es?

—Puedes comprar otro camión y usarlo lejos de donde esté Toni Romano. Ken cerró los puños sobre la mesa.

—No, Judy.

—Será lo mejor para ti.

—Lo único bueno para mí es que he de buscar la oportunidad para despanzurrar a ese sapo.

—Te harán más daño, Ken, y pueden llegar hasta matarte.

—Es posible, pero valdrá la pena intentarlo.

—Piénsalo mejor, Ken.

—Ya está todo pensado.

—¿Qué haré yo?

—Te dejaré unos dólares. Creo que tendrás bastante con treinta para llegar a algún sitio.

—Yo también iré a Los Angeles.

—Ni lo pienses, Judy.

—¿Por qué no?

—He sido tu niñera durante toda una noche, ¿no te parece que ya ha sido bastante?

—Sí, Ken, tienes razón.

—No quise ofenderte, Judy.

—No me has molestado.

Se oyó a lo lejos el claxon de un autobús.

—Ya está ahí mi coche —dijo Morgan.

Sacó un fajo de billetes del bolsillo del que separó treinta dólares.

—Ahí tienes tu dinero.

—Sólo te lo acepto porque no tengo nada.

—Ya lo sé.

Dejó un par de dólares sobre la mesa para pagar lo que habían consumido y luego él le tendió la mano.

—De todas formas celebro haberte conocido, Judy.

Cambiaron un apretón y ella no dijo nada.

Morgan salió del local sin volver la cabeza.

El autobús que se dirigía a Los Angeles estaba parado.

Tres viajeros se disponían a subir.

Judy ocupó otra vez la silla y miró por la ventana, desde donde se veía el autobús. Pensó que Ken no la dejaría allí sola, que en un momento determinado volvería la cabeza y le haría una señal para que se fuese con él a Los Angeles.

Ken se detuvo unos instantes antes de subir y volvió la cabeza.

Judy esperó la señal, pero él no la hizo.

Poco después la joven veía cómo el autobús se alejaba por la carretera en dirección a la ciudad.

Clive Boardman estaba manejando un lápiz y un cuaderno.

—Eh, chicos —se dirigió a dos de sus empleados—. Tienen que cargar diez mil kilos de tomates en el camión de Buster Caw. ¿Qué os pasa? ¿Se os pegaron hoy las sábanas? Dentro de poco llegarán los hermanos Martino. También cargarán tomates y son ustedes los que tienen que arrimar el hombro.

Los dos hombres se movieron perezosamente de donde estaban tomando el sol.

—Hola, Clive —oyó una voz a su espalda.

Se volvió y entornó los ojos observando la figura de Ken Morgan.

—¿Qué haces aquí, Ken? Te creí en camino de Salt Lake City.

—Ése fue el que tomé.

—¿Qué pasó?

—¿No lo sabes tú, Clive?

—Eh, ¿qué tratas de decirme, muchacho?

—Mi camión saltó por los aires, quedó reducido a escombros.

—¿Una bomba?

—Sí, Clive, una bomba, y me la pusieron aquí. Inventaste aquella demora, Clive, la del último momento, cuando faltaban tres mil kilos. Los ibas a cargar y luego dijiste que no habían llegado todavía.

—Oye, muchacho, será mejor que te serenes. Comprendo tu desgracia, soy de tu profesión, recuérdalo. Sé lo que hay que luchar para que uno de los nuestros reúna un poco de dinero.

—Tú no eres de la profesión, Clive, eres un almacenista.

—Pero antes fui camionero, y me pasaron muchas cosas. Sufrí accidentes..., incendios..., pasé por todo lo que ha de pasar un camionero que va por la carretera.

—¿Te pusieron alguna bomba, Clive?

—No, no me pusieron nunca ninguna.

—A mí, sí.

—Quizá te equivocas...

Morgan avanzó sobre Boardman.

—Quiero que lo confieses, Clive.

—¿Te has vuelto loco, Ken? ¿Qué quieres que confiese?

—Que estabas de acuerdo con Toni Romano.

—Yo no estoy en combinación con nadie... Será mejor que des media vuelta y te marches. ¿Lo oyes bien, Ken? No me pongas la mano encima, no me toques o te juro que no vuelves a cargar un camión en Los Angeles.

Ken golpeó el puño derecho contra la palma de la otra mano.

—Quiero recuperar lo que me pertenece, Clive.

—Bien, organizaré una suscripción para ti.

—No quiero la caridad de nadie, sino lo que rae pertenece. Me pagarán un tercio del seguro. Necesito los otros dos tercios. Son muchos dólares. Y tú no los conseguirás en una suscripción.

—Ken, tengo muchos empleados. Puedo ordenar que te den una paliza.

—Ahora estás tú solo. Tuve que esperar un rato a que salieses de la oficina. Antes de que abras la boca para pedir auxilio, te partiré algunos huesos.

Clive estaba asustado. Miró a la derecha. El mismo se había metido en la trampa porque estaban rodeados por cajones de

tomate. Aquel condenado de Ken Morgan había sabido elegir el mejor momento para, sorprenderlo.

—Eh, Ken, no pierdas el juicio. Soy uno de los almacenistas más fuertes de California. Puedo ayudarte mucho. Te facilitaré mercancía antes que a tus competidores. Ya sabes lo que eso significa. Llegarás antes que nadie a los mercados y tendrás mejores beneficios. —Eres una rata, Clive...

Ken dejó ir su puño, que se estrelló en la cara de Clive.

El almacenista se desplomó sobre los cajones, pero no llegó a caer. Sólo perdió el cuaderno y el lápiz, que rodaron por el suelo.

Morgan lo atrapó por el cuello de la camisa.

—¡Te juro que no sé nada de la bomba! No podía imaginar que Toni fuese a hacer eso contigo.

—De modo que yo estaba en lo cierto.

—Bert me hizo una llamada por teléfono para decirme que demorase la entrega de la naranja.

—Debiste imaginar que no sería para nada bueno.

—¿Cómo iba a saber yo que se trataba de una bomba? Pensé que esos procedimientos ya no se utilizaban.

—No seas estúpido. Sabes que esos métodos se siguen usando. Toni Romano no se detiene ante nada. ¿Quiénes se acercaron a mi camión?

—No lo sé.

Ken lo abofeteó dos veces.

—Te juro que no lo sé.

Morgan lo empujó sobre los cajones.

—Está bien, Clive, me ocuparé ahora de Toni Romano.

Morgan se apartó del almacenista y desapareció por entre la mercancía.

Clive soltó un salivazo al suelo. Estaba lleno de rabia. ¿Quién se creía que era aquel maldito?

Se arregló un poco la vestimenta, tomó el cuaderno y el lápiz y se dirigió a su oficina.

Poco después se encerraba en su despacho.

Marcó un número en el teléfono y esperó.

—¿Eres tú, Everett? Soy Clive Boardman. Ken Morgan estuvo aquí. Yo no sabía que le iban a poner una bomba. Quiso pagarlo conmigo. Está furioso. Se vengará de Toni Romano. Sí, Bert..., eso

fue lo que dijo. Nunca he visto a nadie como él..., parecía que se iba a comer el mundo.

Toni Romano había pasado muy buena noche.

Estaba almorzando en la terraza de su casa cuando apareció su mujer.

—Buenos días, querido —dijo ella como si no hubiese pasado nada, y lo besó en la mejilla.

Toni se quedó un poco sorprendido ante aquella actitud de Marilyn.

Le había dicho que se divorciaría de ella para casarse con Jeane. Marilyn ocupó una silla y se sirvió el desayuno.

—Pareces muy satisfecha esta mañana, nena.

—Sí, ¿no lo estás tú también?

—Desde luego.

—Siempre he dicho que yo sería feliz si tú lo eras.

Había un poco de sarcasmo en la voz de ella.

En aquel momento apareció Bert Everett.

—Jefe, ¿puedo hablar con usted?

—Os he dicho que no me molestéis aquí, en mi casa.

—Se trata de algo urgente que requiere su atención.

—Está bien, te atenderé. Perdona, Marilyn.

Salió de la terraza y fue con Bert a la biblioteca.

Allí, Toni prendió fuego a un largo habano.

—Está bien. Empieza de una vez, Bert. —Se trata de Ken Morgan.

Romano se quitó el cigarro de la boca.

—¿Es que no saltó su camión?

—Sí, jefe, pero él está entero.

—¿Cómo pudo ser?

—Ken Morgan apareció por el almacén de Clive. Está buscando a los culpables. Pedí información extra acerca del accidente a un amigo de la policía. Cuando el camión de Ken estalló, él había salido a prestar ayuda a un automovilista de la carretera.

—Hay tipos que tienen suerte por toneladas.

—¿Qué hacemos ahora, jefe?

Toni paseó por la estancia pensativamente. Por fin se detuvo y miró a Bert, su hombre de confianza.

—No podemos dejar que Morgan siga adelante.

—Lo mismo pienso yo, jefe. Ese muchacho es duro y muy peligroso.

—Lo vas a quitar de en medio.

—Sí, señor Romano.

—Esta vez tendrás tú la responsabilidad del negocio. No admitiré excusas ni fallos... Ken Morgan ya vivió bastante, ¿lo oyes bien?

—Correcto, jefe, todo saldrá de primera. Ken Morgan será borrado de la lista de los vivos.

Toni Romano se echó a reír.

—Así me gusta, Bert. El mundo no puede marchar sin la productividad. Es lo menos que se puede pedir.

CAPÍTULO XI

Ken Morgan se estaba vistiendo después de haber tomado una ducha cuando oyó que la puerta de su habitación se abría.

Instintivamente movió una mano hacia una silla para utilizarla como arma, pero la dejó quieta al ver que la que entraba era una mujer de unos treinta y cinco años. No la había visto antes.

—Creo que se ha equivocado de habitación, señora.

—¿Es usted Ken Morgan?

—Sí.

—Entonces no me equivoqué.

—No comprendo.

—Lo comprenderá enseguida en cuanto le diga mi nombre. Soy Marilyn Romano.

Ken frunció el entrecejo.

—¿Qué viene a hacer aquí?

—Usted supondrá que quizá mi marido me envió para que le clave un cuchillo.

—No, imagino que no, él es más astuto.

—Parece que lo conoce bien.

—Quizá.

—Yo lo conozco mejor.

—No discutiré con usted eso, señora Romano.

—Por favor, llámeme Marilyn.

—Está bien, Marilyn, ¿qué es lo que quiere?

—Sé lo que hizo mi marido con usted.

—¿Y qué es lo que hizo?

—No lo diré. Usted y yo nos entendemos, lo sabemos y basta. Sólo he venido a decirle que lo van a matar.

Ken se echó a reír.

—Ya entiendo, señora Romano, perdón, Marilyn. Ahora Toni emplea estos trucos. El me dejó sin camión y yo decidí volver a Los Angeles para recuperar mi dinero. Ahora se ha enterado del asunto y la envía a usted para convencerme de que debo dejar las cosas como están. Al fin y al cabo, conservo la vida y eso es lo más importante. ¿No es eso lo que me va a decir, querida señora?

—Es usted muy impetuoso, señor Morgan, se pone a hablar y a hablar y no deja intervenir a nadie.

—Está bien, Marilyn, es su turno. Pero dese prisa, porque me tengo que marchar enseguida.

—En primer lugar, mi marido no me envió aquí, vine por mi propia voluntad.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho, lo van a matar. Bert Everett está encargado de ello. Me imagino que contratará a un asesino profesional.

—Sí, ésa es la costumbre.

—¿Se va a quedar así, tan tranquilo después de saber que está sentenciado a muerte?

No crea que todos los días me condenan a lo mismo. Lo que pasa es que esta vez ya contaba con eso antes de tomar el autobús que me trajo a Los Angeles. Preferiría saber por qué ha venido usted a darme el aviso.

—Toni se quiere divorciar de mí.

—Ya entiendo... Se quiere vengar de su marido...

—No puedo consentir que me deje por una pelirroja que sacó del lodazal. Y si lo hace, quiero demostrarle que va a perder con el cambio.

—Veamos si la comprendo, Marilyn. Usted ha pensado que estando yo amenazado de muerte, podría tomar ventaja en el negocio, por ejemplo, convenciéndome para que yo mate a Toni.

Marilyn levantó la barbilla.

—Así es, Ken.

—No está mal la idea.

—Le gusta, ¿verdad?

—Usted quiere que desaparezca él para heredarlo. Eso es algo importante para usted. ¿Eh, Marilyn? No quiere conformarse con la parte que le corresponda en la sentencia de divorcio.

—Usted no debe pensar en eso. Recuerde que es su vida la que

peligra.

—Es muy inteligente, Marilyn. No ha dudado que yo jugaría en su equipo. Después de todo, pensó que el único medio de evitar que Toni me haga matar consiste en que yo lo mate a él.

—Estaba segura de que aceptaría.

—Se equivocó.

—¿Qué?

—Ya lo oye, no estoy de acuerdo con usted.

—Pero usted no puede dejarse matar por Toni.

—Claro que no lo permitiré.

—Entonces tendrá que matarlo usted a él.

—Yo sólo quiero mi dinero.

—Yo se lo daré.

—No, gracias, eso lo va a pagar Toni.

—No sea testarudo, yo le puedo dar mucho más. ¿Cuánto quería? ¿Cinco mil dólares? Yo le pagaré diez mil.

—Ya puede irse.

—¿Es que no me ha oído? Le voy a dar diez mil dólares. Podrá comprarse dos camiones.

—Aunque me diese el importe de cinco, sería lo mismo.

—Es usted un estúpido, Ken. ¿Acaso piensa que mi marido le va dar el dinero cuando se lo pida? ¿Ha pensado en solicitar audiencia de él? ¿Cruzó por su mente la absurda idea de que lo escuchará?

—No, ya sé que no puede ocurrir nada de eso.

—Entonces trabaje para mí. Le facilitaré la entrada en mi casa para que pueda acabar con Toni.

—La respuesta es no.

Oí decir que era usted un loco, y ahora comprendo que tenían razón. Le he ofrecido la oportunidad de ganar mucho más dinero del que usted pensaba conseguir y, sobre todo, librarse de los asesinos de Bert.

Le bastaría que se escondiese en algún sitio hasta esta noche. Iba a colaborar con usted en la desaparición de Toni. Eso es todo lo que usted rechaza.

—Sí, Marilyn..., no me interesa.

La mujer sacudió la cabeza.

—Perdí mi tiempo.

—Sí.

—Óigalo bien, usted va a perder algo que vale mucho más. Su vida.

Dicho esto, Marilyn Romano salió de la habitación dando un fuerte portazo.

Bert Everett entró en el salón de billar y se encaminó hacia las mesas del fondo.

Dos hombres estaban ventilando una partida.

Uno de ellos era muy delgado, de mejillas chupadas y sienes hundidas.

El otro era de fuerte constitución, cara muy plana, como si una plancha le hubiera golpeado en ella.

—Hola, muchachos —saludó Bert.

El delgado que iba a golpear una de las bolas, volvió la cabeza.

—¿Hace una partida, Bert?

—Tú sabes que yo no soy un primo.

—Sería una partida seria.

—Prefiero que vosotros dos juguéis en la mía, que es más seria aún. ¿Por qué no dejáis el taco y hablamos un poco ahí arriba?

—Tom y yo estamos de vacaciones.

—Se puede interrumpir el descanso cuando un negocio os puede proporcionar quinientos dólares a cada uno.

El delgado miró a Cara Plana y éste movió la cabeza de arriba abajo.

Allí se terminó el juego de billar.

Poco después, los tres hombres se reunían en un reservado del piso alto.

Tom Graves, el delgado y Henry Sharpe, su compañero, habían trabajado muchas veces juntos. Eran dos muchachos eficientes, que sabían quedar bien con las personas que los contrataban. Su negocio era muy delicado, de los que no podían tener un solo fallo.

Eran asesinos profesionales.

—¿A quién hay que despachar, Bert? —preguntó Tom.

—Su nombre es Ken Morgan y está alojado en la habitación número 9 de la pensión Nacional.

—Sí, Bert.

—Deberéis hacerlo con habilidad.

—Henry y yo no consentimos que nadie nos de instrucciones para hacer un trabajo.

—Perdona, Tom, no quise molestarte.

—No tiene importancia. Ahora el dinero.

La mitad ahora y después lo otro.

—No, Bert, nosotros no somos de esa clase, deberías saberlo. Henry y yo cobramos todo de una sola vez y antes de la faena... Hasta ahora, que nosotros sepamos, ningún cliente tuvo motivos de queja.

—Está bien. Mil dólares...

Bert sacó un fajo de billetes que dejó sobre la mesa.

Tom alcanzó el dinero y, después de contarlos, miró a su compañero.

—Ya nos pagaron, Henry.

El así llamado soltó un bostezo y dijo:

—Se llama Ken Morgan, ¿eh?

—Sí, eso es, y está alojado en la pensión Nacional.

Ken bajó por la escalera. La señora Blanca estaba en la recepción. No discutía con nadie porque estaba sola.

—Eh, Ken, dejé entrar a esa mujer porque quería ventilar contigo un asunto urgente. Le concedí diez minutos. Si llega a tardar uno más, subo y la echo.

—Deja de refunfuñar... Yo no la había citado...

—Es lo que decís todos... ¿Por qué se me ocurriría poner una pensión? Con lo tranquila que podía vivir con mi hermano Jorge, en Idaho.

Ken sonrió porque la señora Blanca sentía una profunda antipatía por su hermano Jorge, como ella misma lo había confesado varias veces.

Entró en la cabina telefónica del fondo y marcó el número de la Asociación de Camioneros que presidía Toni Romano.

Le contestó una voz femenina.

—Quiero hablar con el presidente, Toni Romano.

—No puede atenderle, señor.

—Podrá, si le dice que soy Ken Morgan.

Transcurrieron un par de minutos y luego oyó la voz de Romano.

—¿Morgan?

—Sí, Toni, soy yo.

—¿Qué quiere?

—Tengo una factura por cobrarle y quisiera saber cuál es el mejor momento para liquidarla.

—¿A qué factura se refiere?

—Usted lo sabe perfectamente, Toni. Voló mi camión. Lo perdí por completo. Usted me va a indemnizar.

—¿Está al corriente de sus cuotas, Ken? Me refiero naturalmente a las de nuestra Asociación.

—No, Toni, usted sabe que no he pagado una sola cuota de su organización.

—Créame que lo siento. Si hubiese cumplido con las formalidades reglamentarias, usted habría recibido el dinero para comprar otro camión. Mi cobrador se lo indicó. Le dijo que le podía ocurrir cualquier desgracia y que entonces la Asociación no podría ayudarle en nada.

—No sea usted cínico, Toni. Usted voló mi camión porque no quise pertenecer a su cochina sociedad.

—¿Quién le ha dicho eso? Está equivocado, Ken. Nuestros socios entran libremente en la Asociación. Con ello quiero decir que no son coaccionados.

—Usted es un *gángster*.

—Comprendo que esté de mal humor. Por no pagar unos centenares de dólares ahora se ve en la indigencia. Pero eso sólo es culpa de usted, señor Morgan.

—Usted y yo sabemos lo que ha ocurrido, Toni... Han querido acabar conmigo. Decirle a los demás lo que les pasaría si no le obedecen. A estas horas yo debería estar muerto y usted estaría tan tranquilo, Toni.

—Bueno, usted no es justo, Morgan. Cuando un camionero muere, aunque no pertenezca a la sociedad, le enviamos una corona de flores. Ya puede estar seguro de que usted también la habría tenido.

—Quiero mi dinero, Toni.

—Le haré una sugerencia, muchacho. Venga a nuestro local y rellene una hoja de inscripción. Usted ahora no tiene vehículo, pero lo colocaremos en la sección de «carga y descarga...». A los muchachos que llevan con nosotros varios años, les concedemos préstamos con los que pueden comprar camiones de segunda mano.

—Sí, ya sé que es otro de los negocios que usted explota. Les

concede un préstamo, los hace trabajar como animales, y el único que gana es usted.

—Señor Morgan, he tenido mucha paciencia con usted porque es un hombre que acaba de pasar por una prueba muy cruel. He querido ayudarlo, pero ya veo que tiene demasiado orgullo. En fin, espero que la vida le enseñe a ser más comprensivo cuando esté en desgracia.

Ken oyó cómo Toni Romano colgaba a la otra parte.

El también dejó el auricular en la horquilla, salió de la cabina y se apretó las manos contra el estómago.

Por unos instantes lamentó no haber aceptado la propuesta de Marilyn Romano.

No, no la aceptó porque él no era un asesino, ¿pero de qué forma iba a recuperar su dinero? No podía ir a la Asociación de Toni, llegar hasta él, cogerlo por el cuello y obligarlo a escupir unos miles de dólares.

Romano tenía muchos guardianes a su alrededor y, con toda probabilidad, ni siquiera lo vería, porque antes caería en manos de los gorilas.

De pronto oyó una voz conocida:

—Sólo quiero hablar con él, señora Blanca.

Era Judy Wilson.

La señora Blanca puso los brazos en jarras.

—¿Qué le pasa hoy a Ken Morgan? ¿Es que van a venir a verlo todas las mujeres de la ciudad?

—Judy —dijo Ken.

La joven se volvió y al verlo allí, fue a su lado.

—¿Por qué has venido, Judy?

Me costó unas cuantas horas. Pregunté a algunos camioneros hasta que uno me dijo dónde podría encontrarte.

—Te he preguntado por qué has venido.

—Tenía miedo por ti. Pensé que harías una locura.

—Muy bien, ya has visto que estoy vivo y no he cometido ninguna insensatez.

—Pero la harás.

—Muchacha, no tengo que dar cuenta de mis actos a nadie. Ya me trajiste demasiadas complicaciones.

—Por eso quería hacer algo por ti. Quería corresponderle, Ken.

—Eres muy amable, pero tú no puedes hacer nada en este sentido.

—Quizá te equivocas, Ken. Estoy dispuesta a todo. A lo que sea. Pídemelo que haga algo y lo haré sin titubear.

—Muy bien, te voy a pedir una cosa. Lárgate de una vez...

Hubo un silencio entre los dos jóvenes.

Judy movió despacio la cabeza.

—Está bien, no volveré a molestarte. Perdona.

La joven salió de la casa.

Ken se quedó en el vestíbulo, viendo cómo desaparecía.

Oyó la voz de la señora Blanca.

—Eres un pedazo de animal, Ken Morgan.

—¿Eh? —dijo él, volviéndose.

—No tienes corazón, pero después de todo, ¿qué hombre lo tiene? ¿Es que no lo has comprendido?

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—Esa mujer te quiere, pedazo de idiota.

—No sabes lo que dices. La conocí la noche pasada —contestó Ken, dando un manotazo en el aire.

—El amor es así. La mayoría de las veces bastan unos minutos para que una persona se enamore de otra. Tú no puedes comprender eso, ¿verdad, Ken Morgan?

—La chica sólo me está agradecida.

—Mira, puedo ser tu abuela, Ken, y he visto millones de ojos humanos en mi vida que han reflejado toda clase de sentimientos. Sé mejor que nadie cuando unos ojos miran con cariño... Eso fue lo que vi en los de esa muchacha. Pero tú estarías mirándolos toda la vida y no te darías cuenta de nada. Si yo estuviese en tu lugar...

—¡No lo digas! —Ken se pasó una mano por el mentón, se dirigió hacia la puerta y salió a la calle.

Vio a Judy por el fondo. Dos muchachos jóvenes le habían interrumpido el paso.

Ken movió aprisa las piernas.

—Eh, chicos, largo de aquí...

Uno de ellos fue a golpear a Ken, pero éste le paró fácilmente el golpe, lo tomó por el cuello y lo lanzó fuera de la acera. Luego hizo ademán de ir a pegar al otro lado, pero éste echó a correr.

Ken tomó a la joven del brazo y la hizo caminar muy aprisa.

—Apenas te dejo sola y ya te has metido en otro lío.

No me habría pasado nada... Eran dos niños... Los habría apartado utilizando el bolso.

—Oh, sí, tú eres una gran muchacha con muchos recursos.

Guardaron silencio.

Poco después se encontraban en el muelle y se pusieron a pasear por entre la mercancía apilada.

—¿Qué hiciste hoy, Ken?

—He pasado casi todo el día durmiendo.

—Dicen que después del sueño se ven las cosas mejor.

—Sí, eso dicen, pero no es cierto. Yo sigo viéndolas como estaban. Me quedé sin camión y tengo muy poco dinero para volver a empezar.

—Los Bancos dan préstamos.

—Oh, sí, claro que los hacen, a las personas que son solventes.

—Tú lo eres.

—Muy amable... Lo soy para ti, pero no para los Bancos.

—Puedes probar. Hay muchos de ellos. En uno u otro encontrarás a una buena persona.

—Quizá en los Bancos trabajen personas buenas, pero cuando entran allí se dejan la bondad en su casa. No, Judy, no sirve ese procedimiento. El único que vale es el que se me ha ocurrido a mí. Toni Romano incendió mi camión y él tendrá que pagarlo. Sólo así podré tener mi vehículo, ¿lo entiendes?

—¿Ya hablaste con Toni Romano?

—Sí, hablé, y me mandó al infierno. Pero las cosas no han acabado. Atraparé, a Toni por el cuello, juro que lo haré...

—Por eso quise venir.

—¿Por qué cosa?

—Porque sabía que no hablabas en vano. Que, te vengarías de ese hombre.

—No se trata de una venganza, ¿lo sabes? Es *un* acto de justicia. No puedo consentir que me pisoteen, que me roben, que me quiten lo que es mío...

—Pudiste denunciar tus sospechas a la policía.

—Ya te dije que ellos no pueden hacer nada porque no tienen ninguna prueba. ¿Crees que Toni Romano deja su firma cada vez que alguno de sus hombres comete un delito?

Lleva años robando y matando y hasta ahora no estuvo ni un solo día en la cárcel. Romanes lo tiene todo, dinero, hombres, influencia...

—Y tú estás solo.

—Sí, ya sé que estoy solo, pero a veces vale más así. Lucharé con él aunque tenga que dejarme la piel en el camino.

Se habían alejado mucho.

Estaban ahora entre mercancía averiada, balas de algodón que indudablemente habían sufrido un incendio y que estaban allí para ser retiradas.

De vez en cuando, a lo lejos, se oía la sirena de un barco.

Había oscurecido rápidamente.

—¿Qué puedo hacer por ti, Ken?

Él la tomó por los brazos y la miró a la cara.

—Nada —contestó.

—Deseo que continúes viviendo, Ken...

Morgan la miró a los ojos y creyó ver lo que la señora Blanca le había dicho.

Sí, aquellos ojos lo miraban con cariño. Ahora estaba seguro.

Tiró de ella bruscamente y la besó con fuerza en la boca.

Ella se agarró a su cuello como un náufrago a un salvavidas.

El la siguió besando en los labios, en la cara, en el cuello...

—Ken, marchémonos de aquí. Renuncia a seguir luchando con Toni Romano...

—No puedo...

De pronto, ella creyó ver algo que se movía a espaldas de Ken.

—Ken, ¿qué es eso?

Morgan se volvió rápidamente.

Un hombre había aparecido junto a una pila de balas de algodón. Algo brillaba en su mano. Un cuchillo.

Ken miró al otro lado, hacia el único camino por el que podían correr.

Tal como había supuesto, allí había otro hombre, y también manejaba un cuchillo.

Todavía sujetaba a Judy por la mano y sintió cómo ella se estremecía.

—Judy, escúchame bien. Tienes que escapar de aquí. Yo los entretendré. Ninguno de los dos se atreverá a seguirte. Has de

moverte hacia la derecha. Salta por encima de la mercancía. Podrás hacerlo. ¿Me has oído?

—Sí, Ken.

Los dos hombres que manejaban los cuchillos se acercaron a ellos.

CAPÍTULO XII

Ken estaba quieto para conseguir que los dos asesinos se acercasen a él al mismo tiempo.

Saltó de pronto sobre el tipo más delgado.

Tom Graves lanzó el brazo armado sobre su presunta víctima.

Ken se dobló en el aire y el cuchillo le pasó junto al costado sin dañarlo.

Su puño se estrelló contra la cara de Tom, el cual rodó por el suelo.

Ken se incorporó enseguida al oír a su espalda la carrera del otro asesino.

Judy había quedado en condiciones de poder huir.

—¡Ahora, Judy...! ¡Márchate...! ¡No pierdas un segundo! ¡Corre!

No pudo decir más porque se preparó a aguantar la embestida del otro agresor, que parecía más fuerte que el primero.

Vio brillar delante de sus ojos la hoja de acero.

Se dobló, apoyándose en las balas de algodón que estaban a su derecha.

Sintió cómo la hoja de acero le desgarraba la manga.

Pegó con el antebrazo en el mentón del tipo que había fallado la cuchillada.

Henry Sharpe entrechocó los dientes y se deslizó al suelo.

Ken levantó el pie y lo descargó sobre la cabeza del asesino, pero éste rodó en la última fracción de segundo y evitó ser alcanzado.

El tipo delgado, Tom Graves, ya se había puesto en pie.

Ken vio, con asombro, que Judy continuaba en el mismo lugar, como si hubiese echado raíces.

—¿Qué haces ahí? —gritó desesperadamente—. ¡Márchate de

una vez...!

Luego tuvo que dedicar su atención a los dos hombres que lo habían acorralado sobre las balas de algodón, uno por la derecha, el otro por la izquierda.

Se arrojó sobre el fuerte y logró doblarle las piernas. Los dos cayeron en tierra.

Ken se puso de rodillas y golpeó con el filo de la mano en la nuca del tipo grueso.

Sonó un crujido y el fulano puso los ojos en blanco y aplastó la cara contra el suelo.

El cuchillo de Henry Sharpe había ido a parar a los pies de Judy y la joven lo tomó rápidamente.

Morgan había quedado en muy mala posición después de haberse desembarazado de uno de sus enemigos.

Tom Graves llegó al lado de Ken para hundirle el cuchillo en la espalda.

En ese momento Judy saltó sobre él como un animal felino.

Un rugido sordo brotó del pecho de Tom.

Se abatió en el suelo bajo el peso de Judy.

Entonces Ken Morgan pudo ver lo que había pasado.

Judy había hundido el cuchillo en la espalda del otro asesino.

La muchacha se apartó frotándose las manos sobre el vestido.

—¿Está muerto?

—Sí, y también lo está el otro.

Ken le ayudó a levantarse.

De pronto, Judy se puso a sollozar.

Ken la apretó contra sí y la besó en el cabello.

—Tranquilízate, cariño, ya pasó todo.

—He estado hablando con nuestro abogado, Marilyn —dijo Toni Romano.

—¿Y qué te dijo?

—Mañana nos espera en su despacho. Tendrá preparados los papeles.

—Comprendo. Firmaremos y el abogado empezará los trámites de nuestro divorcio.

—Sí, Marilyn.

Su esposa hubiese reído de buena gana. Ella nunca firmaría aquellos papeles. La razón era muy simple, entre Toni y ella no

habría divorcio.

Iba a suceder otra cosa.

Ella, Marilyn, se iba a quedar viuda.

Era cierto que le había fallado el hombre en quien pensó, en principio, para acabar con Toni. Aquel camionero, Ken Morgan, había resultado un estúpido, un pobre diablo. Pero había encontrado fácilmente un sustituto y no tuvo que ir muy lejos porque estaba en su propia casa.

Dennis Cooper, uno de los criados, se iba a encargar de enviar a Toni al otro mundo. Gracias a Dennis, al día siguiente, ella podría estrenar un modelo de viuda muy mono que había visto en una casa de modas aquella misma mañana.

Pero Dennis no iba a utilizar la pistola ni el cuchillo para enviudarla. Emplearía el veneno. Antes de cenar, Toni tenía por costumbre beberse un martini. Justamente Dennis Cooper era el encargado de servirlo.

—¿Vas a salir esta noche, Toni?

—Sí.

—Con Jeane, supongo.

—Acertaste.

—Era fácil hacerlo, pero ya que es nuestra última noche, podrías quedarte.

—No, querida. Aquí me aburriría.

—Gracias, por ser tan sincero.

Estaban solos en la biblioteca. De allí pasarían al comedor.

Fue entonces cuando se abrió la puerta y entró Dennis Cooper.

—¿Sirvo ya los martinis, señor Romano?

—Sí, Dennis.

Marilyn sintió un cosquilleo en el estómago.

Unos minutos más y Toni dejaría de existir. Con ello cumplía su promesa. Nunca consentiría que Toni la dejase por otra mujer.

Toni y ella habían hecho una larga carrera juntos, y ahora, el muy estúpido, quería dejarla a un lado del camino.

Dennis escanció en dos copas, de espaldas al matrimonio.

Se acercó a Marilyn portando la bandeja.

Ella lo miró a la cara, y él le contestó haciendo una seña con los ojos.

Quería decir que la copa de Toni contenía ya el veneno.

Marilyn tomó su copa satisfecha.

Dennis se acercó con la bandeja a Toni, y éste tomó la que quedaba.

Cooper hizo una reverencia, y se retiró dejando solos a los esposos.

—Propongo un brindis —dijo Toni.

—¿Qué se te ocurre, querido?

Toni se acercó a su mujer, que estaba sentada en un sillón.

Quedóse pensativo unos instantes y luego dijo:

—Por todo lo que hemos significado el uno para el otro. Tuvimos que hacer frente a días malos, pero siempre permanecemos juntos, y sólo de esa forma pudimos llegar hasta el final... Te doy las gracias, Marilyn.

—Son unas hermosas palabras que recordaré siempre, Toni.

Los dos bebieron.

Marilyn sintió deseos de decir: «Anda, termina de beber tu maldito martini. Dentro de muy poco empezarás a morir. Has querido prescindir de mí, cometiste el mayor error de tu vida».

Toni apuró el contenido de su copa y Marilyn lo imitó.

—Ah, querida —dijo Toni—. Me he olvidado decirte algo.

—¿Qué es, Toni...?

—Dennis habló conmigo al llegar a la casa.

—¿Dennis...?

—Sí. Me dijo lo que tú le habías propuesto.

—No te comprendo —balbució Marilyn, empezando a ponerse pálida.

Toni hablaba con una sonrisa en los labios.

—Le ofreciste diez mil dólares para que me envenenase.

—¿Cómo has podido creer eso?

—Dejaría caer veneno en el martini que acabo de beber...

Marilyn empezó a levantarse.

—Toni, ¿lo creíste?

—Sí. Y por eso hice lo que más me convenía.

—¿Qué es lo que hiciste?

—Ofrecerle quince mil para que te envenenase a ti.

—¡No, Toni!

—Querida, ¿qué querías que hiciese? Tenía que defenderme.

—Toni —exclamó Marilyn—. ¿Quieres decir que lo que yo bebí

en mi copa estaba envenenado?

—Sí, querida.

—¡Estás mintiendo!

—No, nena, no te engaño. Dentro de unos segundos empezará a hacerte efecto el veneno.

—¡No, Toni! ¡No!

Marilyn sintió un aguijonazo en el estómago. Sus ojos se desorbitaron.

—Toni...

Estoy a tu lado, querida.

¡Llama a un doctor!

—¿Para qué, querida?

—Ha de darme un antídoto.

—Ya es demasiado tarde. Nunca llegaría a tiempo.

—¡Has de intentarlo! ¡Toni, no quiero morir! ¡No quiero!

—Nunca me habría desembarazado de ti de esta forma. Estaba agradecido por lo que hiciste por mí. Pero tú misma me has aclarado que era imposible nuestra ruptura. Por eso tardé tanto tiempo en contarte la verdad acerca de Jeane. Mi instinto no me traicionó. Tú jamás estarías dispuesta a dejarme libre.

Y ya ves, acerté. Estabas decidida a asesinarme.

—¡Toni! ¡Se me nublan los ojos! ¡Ayúdame, Toni!

—No puedo hacer nada por ti...

—¡Sálvame, Toni! ¡Por favor! ¡Te lo ruego!

—Celebraremos un gran funeral en tu memoria, Marilyn. Gastaré el dinero en grande para que vengan los periodistas. Hablarán de ti en la ciudad y tendrás un panteón de mármol de Carrara. Además, y también en tu honor, aplazaré mi matrimonio con Jeane por un par de meses. Ya ves que trato de honrarte lo mejor posible.

Marilyn se tambaleó. Logró apoyarse en el sillón.

—Toni, ¿dónde estás?

—Muy cerca de ti, querida. Como siempre.

—Los oídos me zumban..., ya no veo absolutamente nada..., nada... Me duele mucho el estómago. ¡Me ahogo! ¡Me falta el aire...! Toni, abre la ventana... Ábrela rápido. ¡No puedo respirar!

Marilyn lanzó un grito y se desplomó sobre la alfombra.

Quedó boca arriba, los ojos abiertos, fijos en el techo...

Toni Romano sacó tranquilamente un cigarrillo de su pitillera y lo prendió con un mechero de gas.

Después de echar dos chorritos de humo por la nariz, se agachó sobre su mujer y le cerró los ojos.

En aquel momento se abrió la puerta y el criado Dennis entró a trompicones.

—¿Qué significa esto, Dennis? —dijo Toni, malhumorado.

Se interrumpió al ver que otro hombre había aparecido detrás de Dennis. Un joven que cerró la puerta tras de sí, y levantó la mano con la que empuñaba una pistola.

—¿Quién es usted?

—¿No lo sabe, señor Romano?

—Sí, creo que ya lo sé... Ken Morgan...

—Mis felicitaciones.

—¿Cómo ha podido entrar en la casa?

—No crea que fue cosa fácil... Tuve que saltar el muro, luego golpeé a uno de sus centinelas y me apoderé de su pistola. Es ésta, la que ahora empuño. Bueno, falta el final.

Me colé por la casa por una ventana. Sorprendí a este criado ahí fuera.

—¿Se da cuenta de que esto es un allanamiento de morada?

Sí, señor Romano. Estoy al corriente.

Voy a decirle lo que va a hacer ahora. Dejará caer esa pistola al suelo y se marchará por su propio pie.

—No, Toni, no voy a hacer tal cosa.

—Comprendo. Usted cree que mis hombres, que están en el jardín, le ajustarán las cuentas. Pero no tiene que preocuparse. Daré orden para que no lo toquen.

Ken miró el cuerpo de la mujer que yacía en el suelo.

—¿Qué le ha pasado a su esposa, señor Romano?

—Nada. Sólo se desmayó.

—Yo juraría que está muerta.

—Oiga, no se meta en líos. Ya le he dicho que es mucho mejor para usted que se marche.

Ken movió la pistola hacia el criado.

—Te voy a disparar a una pierna enseguida, muchacho, si no me dices qué le pasó a la señora. Una..., dos...

—El señor la envenenó.

—¡Cállate, Dennis! —gritó Toni.

Morgan se echó a reír.

—Vaya, creo que llegué muy a tiempo. Le pillé con las manos en la masa, señor Romano... Durante su vida ha matado a mucha gente, pero nunca se lo hicieron pagar.

Ahora envenenó a su mujer y pensó que también iba a quedar impune.

—Oiga, Morgan, usted no vino aquí por nada relacionado con mi mujer.

—Eso es verdad.

—Sólo vino para que yo le pagase su camión.

—Correcto.

—Le voy a dar una buena noticia, Morgan. Tendrá su camión. Y le aseguro que será mucho mejor que el que le explotó.

—¿Dónde tiene el dinero?

—En la caja fuerte.

—Muy bien. Ábrala y entrégueme el dinero para comprarme un camión exactamente igual al que me destruyó. Cinco mil dólares.

—Ahora mismo.

—Cuidado, señor Romano. Si intenta sacar un arma de esa caja, juro que dispararé sin pestañear.

—Descuide, jugaré limpio.

—Sería la primera vez en su vida que lo haría.

Toni se acercó a la pared, apartó un cuadro y manejó un dial. Oyóse un crujido y la caja fuerte quedó abierta.

Tomó varios fajos de billetes que fue dejando sobre la mesa.

Ken alcanzó los fajos y los guardó en el bolsillo.

Toni le dirigió una sonrisa.

—¿Lo ve, Morgan? Es fácil llegar a un acuerdo conmigo.

Ken descolgó el teléfono con la mano libre y se puso a marcar.

—Eh, ¿qué es lo que hace, Morgan?

¿Policía? Les habla Ken Morgan desde la casa de Toni Romano.

¡Ken! ¡Deje ese teléfono en la horquilla!

—Oiga, inspector, se ha cometido un crimen. Toni Romano envenenó a su mujer. Ella está aquí a mis pies, muerta.

Dio la dirección de la casa, y luego colgó.

En la cara de Toni se reflejaba una expresión de incredulidad. Le parecía estar soñando. Todo el edificio que había construido a lo

largo de muchos años, se estaba viniendo abajo en pocos minutos.

—¡Morgan! ¡Maldito sea! ¿Qué es lo que ha hecho?

—Acabar con usted como se destruye al peor de los bichos. Desde ahora no podrá hacer daño a nadie. Tengo que darle las gracias por su colaboración. No tenía ninguna prueba contra usted para darle su merecido. Pero ahora, con el asesinato de su mujer, todo queda arreglado.

—Ken. Todavía es tiempo de dar marcha atrás.

—¿Usted cree?

—Podemos hacer desaparecer el cadáver de Marilyn. Lo importante es que los policías no lo encuentren cuando vengan. Luego, mis muchachos y mis abogados se encargarán de todo lo demás para que no me echen la culpa.

—Sí, ya sé que eso podría ocurrir, y por eso voy a estar aquí, con la pistola en la mano, apuntándole.

—Le dije que tengo hombres afuera. Lo matarán.

—No pueden hacer nada porque solamente uno de ellos sabe que estoy aquí, y a él lo dejé atado y amordazado. En unos minutos llegará la policía y todo habrá terminado para usted, Toni.

Chorros de sudor goteaban por la cara de éste. Su cuerpo se estremecía porque ya era presa del miedo.

—Le daré mucho dinero, Morgan.

—Esta vez no le va a servir de nada el dinero. Y óigame bien, usted cree que paga por la muerte de su mujer, pero cuando esté en la cámara de gas, acuérdesse de que respirará el cianuro por todas las muertes, por todos los delitos, por todos los incendios, por los abusos, por la larga carrera de crímenes que dejó a su paso.

Una sirena policíaca aulló en el aire.

Toni se llevó las manos a la cara y se tambaleó. Finalmente se dejó caer en un sillón. Era un hombre acabado.

Ken Morgan entró en la pensión Nacional.

Judy se apartó de la recepción, donde estaba hablando con la señora Blanca, y corrió al encuentro de él.

Se echó en sus brazos.

—Ken, ¿lo conseguiste?

—Sí, nena. Me entretuvo mucho la policía. Después que Toni fue culpado de la muerte de su mujer, admitió que había ordenado que me liquidasen el camión. Al fin y al cabo, sólo lo juzgarán por

envenenamiento. Eso quiere decir que tengo el dinero.

Ella lo besó en la boca.

La señora Blanca habló desde la recepción.

—Bueno, pueden salir de aquí y buscarse otro hotel. Ya lo saben. Aquí no pueden estar un hombre y una mujer bajo el mismo techo.

Ken tomó a Judy por el brazo y sonrió a Blanca, diciendo:

—Sí, señora Blanca, nos basta con una sola habitación.

Salieron a la calle y él dijo:

—Sólo han pasado veinticuatro horas desde que nos conocimos. Cuando consentí que subieses en mi camión, yo ignoraba que fueses a morir conmigo...

—Pero no morimos, ni tampoco nos sucedió esto cuando quisiste demostrar mi inocencia, ni cuando estuvimos en el muelle y aquellos hombres intentaron acuchillarnos...

El la besó suavemente en los labios y dijo:

—¿Quieres vivir conmigo?

—Sí quiero, Ken.

Entonces se besaron muy juntos.

FIN



eso
tiene
VETERANO
VETERANO
tiene
eso



VETERANO
es de
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain